

Miguel Mihura

Tres sombreros de copa

(1952)

PERSONAJES

PAULA

FANNY

MADAME OLGA

SAGRA

TRUDY

CARMELA

DIONISIO

BUBY

DON ROSARIO

DON SACRAMENTO

EL ODIOSO SEÑOR

EL ANCIANO MILITAR

EL CAZADOR ASTUTO

EL ROMÁNTICO ENAMORADO

EL GUAPO MUCHACHO

EL ALEGRE EXPLORADOR

La acción en Europa, en una capital de provincia de segundo orden.

Derechas e izquierdas, las del espectador.

ACTO PRIMERO

Habitación de un hotel de segundo orden en una capital de provincia. En la lateral izquierda, primer término, puerta cerrada de una sola hoja, que comunica con otra habitación. Otra puerta al foro que da a un pasillo. La cama. El armario de luna. El biombo. Un sofá. Sobre la mesilla de noche, en la pared, un teléfono. Junto al armario, una mesita. Un lavabo. A los pies de la cama, en el suelo, dos maletas y dos sombrereras altas de sombreros de copa. Un balcón, con cortinas, y detrás el cielo. Pendiente del techo, una lámpara. Sobre la mesita de noche, otra lámpara pequeña.

(Al levantarse el telón, la escena está sola y oscura hasta que, por la puerta del foro, entran DIONISIO y DON ROSARIO, que enciende la luz del centro. DIONISIO, de calle, con sombrero, gabán y bufanda, trae en la mano una sombrerera parecida a las que hay en escena. DON ROSARIO es ese viejecito tan bueno de las largas barbas blancas.)

DON ROSARIO. Pase usted, don Dionisio. Aquí, en esta habitación, le hemos puesto el equipaje.

DIONISIO. Pues es una habitación muy mona, don Rosario.

DON ROSARIO. Es la mejor habitación, don Dionisio. Y la más sana. El balcón da al mar. Y la vista es hermosa. *(Yendo hacia el balcón.)* Acérquese. Ahora no se ve bien porque es de noche. Pero, sin embargo, mire usted allí las lucecitas de las farolas del puerto. Hace un efecto muy lindo. Todo el mundo lo dice. ¿Las ve usted?

DIONISIO. No. No veo nada.

DON ROSARIO. Parece usted tonto, don Dionisio.

DIONISIO. ¿Por qué me dice usted eso, caramba?

DON ROSARIO. Porque no ve las lucecitas. Espérese. Voy a abrir el balcón. Así las verá usted mejor.

DIONISIO. No. No, señor. Hace un frío enorme. Déjelo. *(Mirando nuevamente.)* ¡Ah! Ahora me parece que veo algo. *(Mirando a través de los cristales.)* ¿Son tres lucecitas que hay allá a lo lejos?

DON ROSARIO. Sí. ¡Eso! ¡Eso!

DIONISIO. ¡Es precioso! Una es roja, ¿verdad?

DON ROSARIO. No. Las tres son blancas. No hay ninguna roja.

DIONISIO. Pues yo creo que una de ellas es roja. La de la izquierda.

DON ROSARIO. No. No puede ser roja. Llevo quince años enseñándoles a todos los huéspedes, desde este balcón, las lucecitas de las farolas del puerto, y nadie me ha dicho nunca que hubiese ninguna roja.

DIONISIO. Pero ¿usted no las ve?

DON ROSARIO. No. Yo no las veo. Yo, a causa de mi vista débil, no las he visto nunca. Esto me lo dejó dicho mi papá. Al morir mi papá me dijo: «Oye, niño, ven. Desde el balcón de la alcoba rosa se ven tres lucecitas blancas del puerto lejano. Enséñaselas a los huéspedes y se pondrán todos muy contentos...» Y yo siempre se las enseño...

DIONISIO. Pues hay una roja, yo se lo aseguro.

DON ROSARIO. Entonces, desde mañana, les diré a mis huéspedes que se ven tres lucecitas: dos blancas y una roja... Y se pondrán más contentos todavía. ¿Verdad que es una vista encantadora? ¡Pues de día es aún más linda!...

DIONISIO. ¡Claro! De día se verán más lucecitas...

DON ROSARIO. No. De día las apagan.

DIONISIO. ¡Qué mala suerte!

DON ROSARIO. Pero no importa, porque en su lugar se ve la montaña, con una vaca encima muy gorda que, poquito a poco, se está comiendo toda la montaña...

DIONISIO. ¡Es asombroso!

DON ROSARIO. Sí. La Naturaleza toda es asombrosa, hijo mío *(Ya ha dejado DIONISIO la sombrerera junto a las otras. Ahora abre la maleta y de ella saca un pijama negro, de raso, con un pájaro bordado en blanco sobre el pecho, y lo coloca, extendido, a los pies de la cama. Y después, mientras habla DON ROSARIO, DIONISIO va quitándose el gabán, la bufanda y el sombrero que mete dentro del armario.)* Esta es la habitación más bonita de toda la casa... Ahora, claro, ya está estropeada del trajín... ¡Vienen tantos huéspedes en verano!... Pero hasta el piso de madera es mejor que el de los otros cuartos... Venga aquí... Fíjese... Este trozo no, porque es el paso y ya está gastado de tanto pisar... Pero mire usted debajo de la cama, que está más conservado... Fíjese qué madera, hijo mío... ¿Tiene usted cerillas?

DIONISIO. *(Acercándose a DON ROSARIO.)* Sí. Tengo una caja de cerillas y tabaco.

DON ROSARIO. Encienda usted una cerilla.

DIONISIO. ¿Para qué?

DON ROSARIO. Para que vea usted mejor la madera. Agáchese. Póngase de rodillas.

DIONISIO. Voy.

(Enciende una cerilla y los dos, de rodillas, miran debajo de la cama.)

DON ROSARIO. ¿Qué le parece a usted, don Dionisio?

DIONISIO. ¡Que es magnífico!

DON ROSARIO. *(Gritando.)* ¡Ay!

DIONISIO. ¿Qué le sucede?

DON ROSARIO. *(Mirando debajo de la cama.)* ¡Allí hay una bota!

DIONISIO. ¿De caballero o de señora?

DON ROSARIO. No sé. Es una bota.

DIONISIO. ¡Dios mío!

DON ROSARIO. Algún huésped se la debe de haber dejado olvidada... ¡Y esas criadas ni siquiera la han visto al barrer!... ¿A usted le parece esto bonito?

DIONISIO. No sé qué decirle...

DON ROSARIO. Hágame el favor, don Dionisio. A mí me es imposible agacharme más, por causa de la cintura... ¿Quiere usted ir a coger la bota?

DIONISIO. Déjela usted, don Rosario... Si a mí no me molesta... Yo en seguida me voy a acostar, y no le hago caso...

DON ROSARIO. Yo no podría dormir tranquilo si supiese que debajo de la cama hay una bota... Llamaré ahora mismo a una criada.

(Saca una campanilla del bolsillo y la hace sonar.)

DIONISIO. No. No toque más. Yo iré por ella. *(Mete parte del cuerpo debajo de la cama.)* Ya está. Ya la he cogido. *(Sale con la bota.)* Pues es una bota muy bonita. Es de caballero...

DON ROSARIO. ¿La quiere usted, don Dionisio?

DIONISIO. No, por Dios; muchas gracias. Déjelo usted...

DON ROSARIO. No sea tonto. Ande. Si le gusta, quédese con ella. Seguramente nadie la reclamará... ¡Cualquiera sabe desde cuándo está ahí metida...!

DIONISIO. No. No. De verdad. Yo no la necesito...

DON ROSARIO. Vamos. No sea usted bobo... ¿Quiere que se la envuelva en un papel, carita de nardo?

DIONISIO. Bueno, como usted quiera...

DON ROSARIO. No hace falta. Está limpia. Métsela usted en un bolsillo. *(DIONISIO se mete la bota en un bolsillo.)* Así...

DIONISIO. ¿Me levanto ya?

DON ROSARIO. Sí, don Dionisio, levántese de ahí, no sea que se vaya a estropear los pantalones...

DIONISIO. Pero ¿qué veo, don Rosario? ¿Un teléfono?

DON ROSARIO. Sí, señor. Un teléfono.

DIONISIO. Pero ¿un teléfono de esos por los que se puede llamar a los bomberos?

DON ROSARIO. Sí, señor. Y a los de las Pompas Fúnebres...

DIONISIO. ¡Pero esto es tirar la casa por la ventana, don Rosario! *(Mientras DIONISIO habla, DON ROSARIO saca de la maleta un chaquet, un pantalón y unas botas y los coloca dentro del armario.)* Hace siete años que vengo a este hotel y cada año encuentro una nueva mejora. Primero quitó usted las moscas de la cocina y se las llevó al comedor. Después las quitó usted del comedor y se las llevó a la sala. Y el otro día las sacó usted de la sala y se las llevó de paseo, al campo, en donde, por fin, las pudo usted dar esquinazo... ¡Fue magnífico!

Luego puso usted la calefacción... Después suprimió usted aquella carne de membrillo que hacía su hija... Ahora el teléfono... De una fonda de segundo orden ha hecho usted un hotel confortable... Y los precios siguen siendo económicos... ¡Esto supone la ruina, don Rosario...!

DON ROSARIO. Ya me conoce usted, don Dionisio. No lo puedo remediar. Soy así. Todo me parece poco para mis huéspedes de mi alma...

DIONISIO. Pero, sin embargo, exagera usted... No está bien que cuando hace frío nos meta usted botellas de agua caliente en la cama; ni que cuando estamos constipados se acueste usted con nosotros para darnos más calor y sudar; ni que nos dé usted besos cuando nos marchamos de viaje. No está bien tampoco que, cuando un huésped está desvelado, entre usted en la alcoba con su cornetín de pistón e interprete romanzas de su época, hasta conseguir que se quede dormidito... ¡Es ya demasiada bondad...! ¡Abusan de usted...!

DON ROSARIO. Pobrecillos... Déjelos..., casi todos los que vienen aquí son viajantes, empleados, artistas... Hombres solos... Hombres sin madre... Y yo quiero ser un padre para todos, ya que no lo pude ser para mi pobre niño... ¡Aquel niño mío que se ahogó en un pozo...!

(Se emociona.)

DIONISIO. Vamos, don Rosario... No piense usted en eso...

DON ROSARIO. Usted ya conoce la historia de aquel pobre niño que se ahogó en el pozo...

DIONISIO. Sí. La sé. Su niño se asomó al pozo para coger una rana... Y el niño se cayó. Hizo «¡pin!», y acabó todo.

DON ROSARIO. Ésa es la historia, don Dionisio. Hizo «¡pin!», y acabó todo. *(Pausa doloroso.)* ¿Va usted a acostarse?

DIONISIO. Sí, señor.

DON ROSARIO. Le ayudaré, capullito de alhelí. *(Y mientras hablan, le ayuda a desnudarse, a ponerse el bonito pijama negro y cambiarse los zapatos por unas zapatillas.)* A todos mis huéspedes los quiero, y a usted también, don Dionisio. Me fue usted tan simpático desde que empezó a venir aquí, ¡ya va para siete años!

DIONISIO. ¡Siete años, don Rosario! ¡Siete años! Y desde que me destinaron a ese pueblo melancólico y llorón que, afortunadamente, está cerca de éste, mi única alegría ha sido pasar aquí un mes todos los años, y ver a mi novia y bañarme en el mar, y comprar avellanas, y dar vueltas los domingos alrededor del quiosco de la música, y silbar en la alameda *Las princesitas del dólar...*

DON ROSARIO. ¡Pero mañana empieza para usted una vida nueva!

DIONISIO. ¡Desde mañana ya todos serán veranos para mí!... ¿Qué es eso? ¿Llora usted? ¡Vamos, don Rosario!...

DON ROSARIO. Pensar que sus padres, que en paz descansen, no pueden acompañarle en una noche como ésta... ¡Ellos serían felices!...

DIONISIO. Sí. Ellos serían felices viendo que lo era yo. Pero dejémonos de tristeza, don Rosario... ¡Mañana me caso! Ésta es la última noche que pasaré solo en el cuarto de un hotel. Se acabaron las casas de huéspedes, las habitaciones frías, la gota de agua que se sale de la palangana, la servilleta con una inicial pintada con lápiz, la botella de vino con una inicial pintada con lápiz, el mondadientes con una inicial pintada con lápiz... Se acabó el huevo más pequeño del mundo, siempre frito... Se acabaron las croquetas de ave... Se acabaron las bonitas vistas desde el balcón... ¡Mañana me caso! Todo esto acaba y empieza ella... ¡Ella!

DON ROSARIO. ¿La quiere usted mucho?

DIONISIO. La adoro, don Rosario, la adoro. Es la primera novia que he tenido y también la última. Ella es una santa.

DON ROSARIO. ¡Habrá estado usted allí, en su casa, todo el día!...

DIONISIO. Sí. Llegué esta mañana, mandé aquí el equipaje y he comido con ellos y he cenado también. Los padres me quieren mucho... ¡Son tan buenos!...

DON ROSARIO. Son unas bellísimas personas... Y su novia de usted es una virtuosa señorita... Y, a pesar de ser de una familia de dinero, nada orgullosa... *(Tuno.)* Porque ella tiene dinerito, don Dionisio.

DIONISIO. Sí. Ella tiene dinerito, y sabe hacer unas labores muy bonitas y unas hermosas tartas de manzana... ¡Ella es un ángel!

DON ROSARIO. *(Por una sombrerera.)* ¿Y qué lleva usted aquí don Dionisio?

DIONISIO. Un sombrero de copa, para la boda. *(Lo saca.)* Éste me lo ha regalado mi suegro hoy. Es suyo. De cuando era alcalde. Y yo tengo otros dos que me he comprado. *(Los saca.)* Mírelos usted. Son muy bonitos. Sobre todo se ve en seguida que son de copa, que es lo que hace falta... Pero no me sienta bien ninguno... *(Se los va probando ante el espejo.)* Fíjese. Éste me está chico... Éste me hace una cabeza muy grande... Y éste dice mi novia que me hace cara de salamandra.

DON ROSARIO. Pero ¿de salamandra española o de salamandra extranjera?

DIONISIO. Ella sólo me ha dicho que de salamandra. Por cierto... que, con este motivo, la dejé enfadada... Es tan inocente... ¿El teléfono funciona? Voy a ver si se le ha pasado el enfado... Se llevará una alegría...

(El último sombrero de copa se lo ha dejado puesto en la cabeza y, con él, seguirá hablando hasta que se indique.)

DON ROSARIO. Llame usted abajo y el ordenanza le pondrá en comunicación con la calle.

DIONISIO. Sí, señor. *(Al aparato.)* Sí. ¿Me hace usted el favor, con la calle? Sí, gracias.

DON ROSARIO. A lo mejor ya se han acostado. Ya es tarde.

DIONISIO. No creo. Aún no son las once. Ella duerme junto a la habitación donde está el teléfono... Ya está. *(Marca.)* Uno-nueve-cero. Eso es. ¡Hola! Soy yo. El señorito Dionisio. Que se ponga al aparato la señorita Margarita. *(A DON*

ROSARIO.) Es la criada... Ya viene ella... *(Al aparato.)* ¡Bichito mío! Soy yo. Sí. Te llamo desde el hotel... Tengo teléfono en mi mismo cuarto... Sí. Caperucita Encarnada... No... Nada... Para que veas que me acuerdo de ti... Oye, no voy a llevar el sombrero que me hace cara de chubeski... Fue una broma... Yo no hago más que lo que tú me mandes... Sí, amor mío... *(Pausa.)* Sí, amor mío... *(De repente, encoge una pierna, tapa con la mano el micrófono y da un pequeño grito.)* Don Rosario... ¿En esta habitación hay pulgas?

DON ROSARIO. No sé, hijo mío...

DIONISIO. *(Al aparato.)* Sí, amor mío. *(Vuelve a tapar el micrófono.)* ¿Su papá, cuando murió, no le dejó dicho nada de que en esta habitación hubiese pulgas? *(Al aparato.)* Sí, amor mío...

DON ROSARIO. Realmente, creo que me dejó dicho que había una...

DIONISIO. *(Que sigue rascándose una pantorrilla contra otra, desesperado.)* Pues me está devorando una pantorrilla... Haga el favor, don Rosario, rásqueme usted... *(DON ROSARIO le rasca.)* No; más abajo. *(Al aparato.)* Sí, amor mío... *(Tapa.)* ¡Más arriba! Espere...: Tenga esto.

(Le da el auricular a DON ROSARIO, que se lo pone al oído, mientras DIONISIO se busca la pulga, muy nervioso.)

DON ROSARIO. *(Escucha por el aparato, en donde se supone que la novia sigue hablando, y toma una expresión dulcísima.)* Sí, amor mío... *(Muy tierno.)* Sí, amor mío...

DIONISIO. *(Que, por fin, mató la pulga.)* Ya está. Déme... *(DON ROSARIO le da el auricular.)* Sí... Yo también dormiré con tu retrato debajo de la almohada... Si te desvelas, llámame tú después. *(Rascándose otra vez.)* Adiós, bichito mío. *(Cuelga.)* ¡Es un ángel!...

DON ROSARIO. Si quiere usted diré abajo que le dejen en comunicación con la calle, y así hablan ustedes cuanto quieran...

DIONISIO. Sí, don Rosario. Muchas gracias. Quizá hablemos más...

DON ROSARIO. ¿A qué hora es la boda, don Dionisio?

DIONISIO. A las ocho. Pero vendrán a recogerme antes. Que me llamen a las siete, por si acaso se me hace tarde. Voy de *chaquet* y es muy difícil ir de *chaquet*... Y luego esos tres sombreros de copa...

DON ROSARIO. ¿Me deja usted que le dé un beso, rosa de pitimini? Es el beso que le daría su padre en una noche como ésta. Es el beso que yo nunca podré dar a aquel niño mío que se me cayó en un pozo...

DIONISIO. Vamos, don Rosario...

(Se abrazan emocionados.)

DON ROSARIO. Se asomó al pozo, hizo «¡pin!», y acabó todo.

DIONISIO. ¡Don Rosario!...

DON ROSARIO. Bueno. Me voy. Usted querrá descansar... ¿Quiere usted que le suba un vasito de leche?

DIONISIO. No, señor. Muchas gracias.

DON ROSARIO. ¿Quiere usted que le suba un poco de mojama?

DIONISIO. No.

DON ROSARIO. ¿Quiere usted que me quede aquí, hasta que se duerma, no se vaya a poner nervioso? Yo me subo el cornetín y toco... Toco «El carnaval en Venecia», toco «La serenata de Toselli»... Y usted duerme y sueña...

DIONISIO. No, don Rosario. Muchas gracias.

DON ROSARIO. Mañana me levantaré temprano para despedirle. Todos nos levantaremos temprano...

DIONISIO. No, por Dios, don Rosario. Eso sí que no. No diga usted a nadie que me voy a casar. Me da mucha vergüenza.

DON ROSARIO. *(Ya junto a la puerta del foro, para salir.)* Bueno, pues si usted no quiere, no le despediremos todos en la puerta... Pero resultaría tan hermoso... En fin... Ahí se queda usted solito. Piense que desde mañana tendrá que hacer feliz a una virtuosa señorita... Sólo en ella debe usted pensar...

DIONISIO. *(Que ha sacado del bolsillo de la americana una cartera, de la que extrae un retrato que contempla embelesado, mete la cartera y el retrato debajo de la almohada y dice, muy romántico):* ¡Durante siete años sólo en ella he pensado! ¡Noche y día! A todas horas... En estas horas que me faltan para ser feliz, ¿en quién iba a pensar? Hasta mañana, don Rosario...

DON ROSARIO. Hasta mañana, carita de madre selva.

(Hace una reverencia. Sale. Cierra la puerta. DIONISIO cierra las maletas, mientras silba una fea canción pasada de moda. Después se tumba sobre la cama sin quitarse el sombrero. Mira el reloj.)

DIONISIO. Las once y cuarto. Quedan apenas nueve horas. *(Da cuerda al reloj.)* Nos debíamos haber casado esta tarde y no habernos separado esta noche ya... Esta noche sobra... Es una noche vacía. *(Cierra los ojos.)* ¡Nena! ¡Nena! ¡Margarita! *(Pausa. Y después, en la habitación de al lado, se oye un portazo y un rumor fuerte de conversación, que poco a poco va aumentando. DIONISIO se incorpora.)* ¡Vamos, hombre! ¡Una bronca ahora! Vaya unas horas de reñir... *(Su vista tropieza con el espejo, en donde se ve con el sombrero de copa en la cabeza y, sentado en la cama dice:)* Sí, ahora parece que me hace cara de apisonadora...

(Se levanta. Va hacia la mesita, donde dejó los otros dos sombreros y, nuevamente, se los prueba. Y cuando tiene uno en la cabeza y los otros dos uno en cada mano, se abre rápidamente la puerta de la izquierda y entra PAULA, una maravillosa muchacha rubia, de dieciocho años que, sin reparar en DIONISIO, vuelve a cerrar de un golpe y, de cara a la puerta cerrada, habla con quien se supone ha quedado dentro. DIONISIO, que la ve reflejada en el espejo, muy azorado, no cambia de actitud.)

PAULA. ¡Idiota!

BUBY. (*Dentro.*) ¡Abre!

PAULA. ¡No!

BUBY. ¡Abre!

PAULA. ¡No!

BUBY. ¡Que abras!

PAULA. ¡Que no!

BUBY. (*Todo muy rápido.*) ¡Imbécil!

PAULA. ¡Majadero!

BUBY. ¡Estúpida!

PAULA. ¡Cretino!

BUBY. ¡Abre!

PAULA. ¡No!

BUBY. ¡Que abras!

PAULA. ¡Que no!

BUBY. ¿No?

PAULA. ¡No!

BUBY. Está bien.

PAULA. Pues está bien. (*Y se vuelve. Y al volverse, ve a DIONISIO.*) ¡Oh, perdón! Creí que no había nadie...

DIONISIO. (*En su misma actitud frente al espejo.*) Sí...

PAULA. Me apoyé en la puerta y se abrió... Debía estar sin encajar del todo... Y sin llave...

DIONISIO. (*Azoradísimo.*) Sí...

PAULA. Por eso entré...

DIONISIO. Sí...

PAULA. Yo no sabía...

DIONISIO. No...

PAULA. Estaba riñendo con mi novio.

DIONISIO. Sí...

PAULA. Es un idiota...

DIONISIO. Sí...

PAULA. ¿Acaso le han molestado nuestros gritos?

DIONISIO. No...

PAULA. Es un grosero...

BUBY. (*Dentro.*) ¡Abre!

PAULA. ¡No! (*A DIONISIO.*) Es muy feo y muy tonto... Yo no le quiero... Le estoy haciendo rabiar... Me divierte mucho hacerle rabiar... Y no le pienso abrir... Que se fastidie ahí dentro... (*Para la puerta.*) Anda, anda, fastídate...

BUBY. (*Golpeando.*) ¡Abre!

PAULA. (*El mismo juego.*) ¡No!... Claro que, ahora que me fijo, le he asaltado a usted la habitación. Perdóneme. Me voy. Adiós.

DIONISIO. (*Volviéndose y quedando ya frente a ella.*) Adiós, buenas noches.

PAULA. (*Al notar su extraña actitud con los sombreros, que le hacen parecer un malabarista.*) ¿Es usted también artista?

DIONISIO. Mucho.

PAULA. Como nosotros. Yo soy bailarina. Trabajo en el *ballet* de Buby Barton. *Debutamos* mañana en el Nuevo Music-Hall. ¿Acaso usted también *debuta* mañana en el Nuevo Music-Hall? Aún no he visto los programas. ¿Cómo se llama usted?

DIONISIO. Dionisio Somoza Buscarini.

PAULA. No. Digo su nombre en el teatro.

DIONISIO. ¡Ah! ¡Mi nombre en el teatro! ¡Pues como todo el mundo!...

PAULA. ¿Cómo?

DIONISIO. Antonini.

PAULA. ¿Antonini?

DIONISIO. Sí. Antonini. Es muy fácil. Antonini. Con dos enes...

PAULA. No recuerdo. ¿Hace usted malabares?

DIONISIO. Sí. Claro. Hago malabares.

BUBY. (*Dentro.*) ¡Abre!

PAULA. ¡No! (*Se dirige a DIONISIO.*) ¿Ensayaba usted?

DIONISIO. Sí. Ensayaba.

PAULA. ¿Hace usted solo el número?

DIONISIO. Sí. Claro. Yo hago solo el número. Como mis papás se murieron, pues claro...

PAULA. ¿Sus padres también eran artistas?

DIONISIO. Sí. Claro. Mi padre era comandante de Infantería. Digo, no.

PAULA. ¿Era militar?

DIONISIO. Sí. Era militar. Pero muy poco. Casi nada. Cuando se aburría solamente. Lo que más hacía era tragarse el sable. Le gustaba mucho tragarse su sable. Pero claro, eso les gusta a todos...

PAULA. Es verdad... Eso les gusta a todos... ¿Entonces, todos, en su familia, han sido artistas de circo?

DIONISIO. Sí. Todos. Menos la abuelita. Como estaba tan vieja, no servía. Se caía siempre del caballo... Y todo el día se pasaban los dos discutiendo...

PAULA. ¿El caballo y la abuelita?

DIONISIO. Sí. Los dos tenían un genio terrible... Pero el caballo decía muchas más picardías...

PAULA. Nosotras somos cinco. Cinco *girls*. Vamos con Buby Barton hace ya un año. Y también con nosotros viene madame Olga, la mujer de las barbas. Su número gusta mucho. Hemos llegado esta tarde para *debutar* mañana. Los demás, después de cenar, se han quedado en el café que hay abajo... Esta población es tan triste... No hay adónde ir y llueve siempre... Y a mí el plan del café me aburre... Yo no soy una muchacha como las demás... Y me subí a mi cuarto para tocar un poco mi gramófono... Yo adoro la música de los gramófonos... Pero detrás subió mi novio, con una botella de licor, y me quiso

hacer beber, porque él bebe siempre... Y he reñido por eso... y por otra cosa, ¿sabe? No me gusta que él beba tanto...

DIONISIO. Hace mucho daño para el hígado... Un señor que yo conocía...

BUBY. (*Dentro.*) ¡Abre!

PAULA. ¡No! ¡Y no le abro! Ahora me voy a sentar para que se fastidie. (*Se sienta en la cama.*) ¿No le molestaré?

DIONISIO. Yo creo que no.

PAULA. Ahora que sé que es usted un compañero, ya no me importa estar aquí... (*BUBY golpea la puerta.*) Debe de estar furioso... Debe de estar ciego de furor...

DIONISIO. (*Miedoso.*) Yo creo que le debíamos abrir, oiga...

PAULA. No. No le abrimos.

DIONISIO. Bueno.

PAULA. Siempre estamos peleando.

DIONISIO. ¿Hace mucho tiempo que son ustedes novios?

PAULA. No. No sé. Dos días. Dos días o tres. A mí no me gusta. Pero se aburre una tanto en estos viajes por provincias... El caso que es simpático, pero cuando bebe o cuando se enfada se pone hecho una fiera... Da miedo verle.

DIONISIO. (*Muy cobarde.*) Le voy a abrir ya, oiga...

PAULA. No. No le abrimos.

DIONISIO. Es que después va a estar muy enfadado y la va a tomar conmigo...

PAULA. Que esté. No me importa.

DIONISIO. Pero es que a lo mejor, por hacer esto, le reñirá a usted su mamá.

PAULA. ¿Qué mamá?

DIONISIO. La suya.

PAULA. ¿La mía?

DIONISIO. Sí. Su papá o su mamá.

PAULA. Yo no tengo papá ni mamá.

DIONISIO. Pues sus hermanos.

PAULA. No tengo hermanos.

DIONISIO. Entonces, ¿con quién viaja usted? ¿Va usted sola con su novio y con esos señores?

PAULA. Sí. Claro. Voy sola. ¿Es que yo no puedo ir sola?

DIONISIO. A mí, allá cuentos...

BUBY. (*Dentro, ya rabioso.*) ¡Abre, abre y abre!

PAULA. Le voy a abrir ya. Está demasiado enfadado.

DIONISIO. (*Más cobarde aún.*) Oiga. Yo creo que no le debía usted abrir...

PAULA. Sí. Le voy a abrir. (*Abre la puerta y entra BUBY, un bailarín negro, con un ukelele en la mano.*) ¡Ya está! ¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

BUBY. Buenas noches.

DIONISIO. Buenas noches.

PAULA. *(Presentando.)* Este señor es malabarista.

BUBY. ¡Ah! ¡Es malabarista!

PAULA. Debuta también mañana en el Nuevo Music-Hall... Su papá se traga el sable...

DIONISIO. Perdone que no le dé la mano... *(Por los sombreros, con los que sigue en la misma actitud.)* Como tengo esto..., pues no puedo.

BUBY. *(Displícite.)* ¡Un compañero! ¡Entra dentro, Paula!...

PAULA. ¡No entro, Buby!

BUBY. ¿No entras, Paula?

PAULA. No entro, Buby.

BUBY. Pues yo tampoco entro, Paula.

(Se sientan en la cama, uno a cada lado de DIONISIO, que también se sienta y que cada vez está más azorado. BUBY empieza a silbar una canción americana, acompañándose con su ukelele. PAULA le sigue, y también DIONISIO. Acaban la pieza. Pausa.)

DIONISIO. *(Para romper, galante, el violento silencio.)* ¿Y hace mucho tiempo que es usted negro?

BUBY. No sé. Yo siempre me he visto así en la luna de los espejitos..

DIONISIO. ¡Vaya por Dios! ¡Cuando viene una desgracia nunca viene sola! ¿Y de qué se quedó usted así? ¿De alguna caída?...

BUBY. Debíó de ser eso, señor...

DIONISIO. ¿De una bicicleta?

BUBY. De eso, señor...

DIONISIO. ¡Como que a los niños no se les debe comprar bicicletas!. ¿Verdad, señorita? Un señor que yo conocía...

PAULA. *(Que, distraída, no hace caso a este diálogo.)* Este cuarto es mejor que el mío...

DIONISIO. Sí. Es mejor. Si quiere usted lo cambiamos. Yo me voy al suyo y ustedes se quedan aquí. A mí no me cuesta trabajo... Yo recojo mis cuatro trapitos... Además de ser más grande, tiene una vista magnífica. Desde el balcón se ve el mar... Y en el mar tres lucecitas... El suelo también es muy mono... ¿Quieren ustedes mirar debajo de la cama?...

BUBY. *(Seco.)* No.

DIONISIO. Anden. Miren debajo de la cama. A lo mejor encuentran otra bota... Debe de haber muchas...

PAULA. *(Que sigue distraída y sin hacer mucho caso de lo que dice DIONISIO, siempre azoradísimo.)* Haga usted algún ejercicio con los sombreros. Así nos distraeremos. A mí me encantan los malabares...

DIONISIO. A mí también. Es admirable eso de tirar las cosas al aire y luego cogerlas... Parece que se van a caer y luego resulta que no se caen... ¡Se lleva uno cada chasco!

PAULA. Ande. Juegue usted.

DIONISIO. *(Muy extrañado.)* ¿Yo?

PAULA. Sí. Usted.

DIONISIO. *(Jugándose el todo por el todo.)* Voy. *(Se levanta. Tira los sombreros al aire y, naturalmente, se caen al suelo, en donde los deja. Y se vuelve a sentar.)* Ya está.

PAULA. *(Aplaudiendo.)* ¡Oh! ¡Qué bien! ¡Déjeme probar a mí! Yo no he probado nunca. *(Coge los sombreros del suelo.)* ¿Es difícil? ¿Se hace así? *(Los tira al aire.)* ¡Hoop!

(Y se caen.)

DIONISIO. ¡Eso! ¡Eso! ¡Ha aprendido usted en seguida! *(Recoge del suelo los sombreros y se los ofrece a BUBY.)* ¿Y usted? ¿Quiere jugar también un poco?

BUBY. No. *(Y suena el timbre del teléfono.)* ¿Un timbre?

PAULA. Sí. Es un timbre.

DIONISIO. *(Desconcertado.)* Debe de ser visita.

BUBY. No. Es aquí dentro. Es el teléfono.

DIONISIO. *(Disimulando, porque él sabe que es su novia.)* ¿El teléfono?

PAULA. Sí.

DIONISIO. ¡Qué raro! Debe de ser algún niño que está jugando y por eso suena...

PAULA. Mire usted quién es.

DIONISIO. No. Vamos a hacerle rabiar.

PAULA. ¿Quiere usted que mire yo?

DIONISIO. No. No se moleste. Yo lo veré. *(Mira por el auricular.)* No se ve a nadie.

PAULA. Hable usted.

DIONISIO. ¡Ah! Es verdad. *(Habla fingiendo la voz.)* ¡No! ¡No!

(Y cuelga.)

PAULA. ¿Quién era?

DIONISIO. Nadie. Era un pobre.

PAULA. ¿Un pobre?

DIONISIO. Sí. Un pobre. Quería que le diese diez céntimos. Y le he dicho que no.

BUBY. *(Se levanta, ya indignado.)* Paula, vámonos a nuestro cuarto.

PAULA. ¿Por qué?

BUBY. Porque me da la gana a mí.

PAULA. *(Descarada.)* ¿Y quién eres tú?

BUBY. Soy quien tiene derecho a decirte eso. Entra dentro ya de una vez. Esto se ha acabado. Esto no puede seguir así más tiempo...

PAULA. (*En pie, declamando, frente a BUBY, y cogiendo en medio a DIONISIO, que está fastidiadísimo.*) ¡Y es verdad! Estoy ya harta de tolerarte groserías... Eres un negro insoportable, como todos los negros. Y te aborrezco... ¿Me comprendes? Te aborrezco... Y esto se ha acabado... No te puedo ver... No te puedo aguantar...

BUBY. Yo, en cambio, a ti te adoro, Paula... Tú sabes que te adoro y que conmigo no vas a jugar... ¡Tú sabes que te adoro, flor de la chirimoya!...

PAULA. ¿Y qué? ¿Tú crees que yo puedo enamorarme de ti? ¿Es que tú crees que yo puedo enamorarme de un negro? No, Buby. Yo no podré enamorarme de ti nunca... Hemos sido novios algún tiempo... Ya es bastante. He sido novia tuya por lástima... Porque te veía triste y aburrido... Porque eres negro... Porque cantabas esas tristes canciones de la plantación... Porque me contabas que de pequeño te comían los mosquitos, y te mordían los monos, y tenías que subirte a las palmeras y a los cocoteros... Pero nunca te he querido, ni nunca te podré querer... Debes comprenderlo... ¡Quererte a ti! Para eso querría a este caballero, que es más guapo... A este caballero, que es una persona educada... A este caballero, que es blanco...

BUBY. (*Con odio.*) ¡Paula!

PAULA. (*A DIONISIO.*) ¿Verdad, usted, que de un negro no se puede enamorar nadie?

DIONISIO. Si es honrado y trabajador...

BUBY. ¡Entra dentro!

PAULA. ¡No entro! (*Se sienta.*) ¡No entro! ¿Lo sabes? ¡No entro!

BUBY. (*Sentándose también.*) Yo esperaré a que tú te canses de hablar con el rostro pálido...

(*Nueva pausa violenta.*)

DIONISIO. ¿Quieren ustedes que silbemos otra cosita? También sé *Marina*.

FANNY. (*Dentro.*) ¡Paula! ¿Dónde estáis? (*Se asoma por la puerta de la izquierda.*) ¿Qué hacéis aquí? (*Entra. Es otra alegre muchacha del «ballet».*) ¿Qué os pasa? (*Y nadie habla.*) Pero ¿qué tenéis? ¿Qué os sucede? ¿Ya habéis regañado otra vez...? Pues sí que lo estáis pasando bien... En cambio, nosotras, estamos divertidísimas... Hay unos señores abajo, en el café, que nos quieren invitar ahora a unas botellas de champaña... Las demás se han quedado abajo con ellos y con madame Olga, y ahora subirán y cantaremos y bailaremos hasta la madrugada... ¿No habláis? Pues sí que estáis aviados... (*Por DIONISIO.*) ¿Quién es este señor...? ¿No oís? ¿Quién es este señor...?

PAULA. No sé.

FANNY. ¿No sabes?

PAULA. (*A DIONISIO.*) ¡Dígale usted quién es!

DIONISIO. (*Levantándose.*) Yo soy Antonini...

FANNY. ¿Cómo está usted?

DIONISIO. Bien. ¿Y usted?

PAULA. Es malabarista. Debuta también mañana en el Nuevo Music-Hall.

FANNY. Bueno..., pero a vosotros, ¿qué os pasa?

PAULA. No nos pasa nada.

FANNY. Vamos. Decídmelo. ¿Qué os pasa?

PAULA. Que te lo explique este señor.

FANNY. Explíquemelo usted...

DIONISIO. Si yo lo sé contar muy mal...

FANNY. No importa.

DIONISIO. Pues nada... Es que están un poco disgustadillos... Pero no es nada. Es que este negro es un idiota...

BUBY. (*Amenazador.*) ¡Petate!

DIONISIO. No. Perdone usted. Si es que me he equivocado... No es un idiota.. Es que como es negro, pues tiene su geniecillo... Pero el pobre no tiene la culpa... Él, ¿qué le va hacer, si se cayó de una bicicleta?... Peor hubiera sido haberse quedado manquito... Y la señorita ésta se lo ha dicho... y, ¡bueno!, se ha puesto que ya, ya...

FANNY. ¿Y qué más?

DIONISIO. No; si ya se ha acabado...

FANNY. Total, que siempre estáis lo mismo... Tú eres tonta, Paula.

PAULA. (*Se levanta, descarada.*) ¡Pues si soy tonta, mejor!

(*Y hace mutis por la izquierda.*)

FANNY. La culpa la tienes tú, Buby, por ser tan grosero...

BUBY. (*El mismo juego.*) ¡Pues si soy grosero, mejor!

(*Y también se va por la izquierda.*)

FANNY. (*A DIONISIO.*) Pues entonces yo también me voy a marchar...

DIONISIO. Pues si se va usted a marchar, mejor...

FANNY. (*Cambia de idea y se sienta en la cama y saca un cigarrillo de su bolso.*) ¿Tiene usted una cerilla?

DIONISIO. Sí.

FANNY. Démela.

DIONISIO. (*Que está azorado y distraído, se mete la mano en el bolsillo y, sin darse cuenta, en vez de darle las cerillas le da la bota.*) Tome.

FANNY. ¿Qué es esto?

DIONISIO. (*Más azorado todavía.*) ¡Ah! Perdone. Esto es para encender. Las cerillas las tengo aquí. (*Enciende una cerilla en la suela de la bota.*) ¿Ve usted? Se hace así. Es muy práctico. Yo siempre la llevo, por eso... ¡Dónde esté una bota que se quiten esos encendedores!...

FANNY. Siéntese aquí.

DIONISIO. *(Sentándose a su lado en la cama.)* Gracias. *(Ella fuma DIONISIO la mira, muy extrañado.)* ¿También lo sabe usted echar por la nariz?

FANNY. Sí.

DIONISIO. *(Entusiasmado.)* ¡Qué tía!

FANNY. ¿Qué le parecen a usted estos dos?

DIONISIO. Que son muy guapos.

FANNY. ¿Verdad usted que sí, Tonini? *(Y, cariñosamente, le empuja para atrás. DIONISIO cae de espaldas sobre la cama, con las piernas en alto. La cosa le molesta un poco, pero no dice nada. Y vuelve a sentarse.)* Ella no le quiere... Pero él, sí... Él la quiere a su manera, y los negros quieren de una manera muy pasional... Buby la quiere... Y con Buby no se puede andar jugando, porque cuando bebe, es malo... Paula ha hecho mal en meterse en esto. *(Se fija en un pañuelo que lleva DIONISIO en el bolsillo alto del pijama.)* Es bonito este pañuelo. *(Lo coge.)* Para mí, ¿verdad?...

DIONISIO. ¿Está usted acatarrada?

FANNY. No. ¡Es que me gusta! *(Y le da otro empujón, cayendo DIONISIO en la misma ridícula postura. Esta vez la broma le molesta más, pero tampoco dice nada.)* Paula no es como yo... Yo soy mucho más divertida... Si me gusta un hombre, se lo digo... Cuando me deja de gustar, se lo digo también... ¡Yo soy más frescales, hijo de mi vida! ¡Ay, qué requetefrescales soy! *(Mira los ojos de DIONISIO fijamente.)* Oye, tienes unos ojos muy bonitos...

DIONISIO. *(Siempre despistado.)* ¿En dónde?

FANNY. ¡En tu carita, *salao!*

(Y le da otro empujón. DIONISIO esta vez reacciona rabioso, como un niño, y dice ya, medio llorando.)

DIONISIO. ¡Como me vuelva usted a dar otro empujón, maldita sea, le voy a dar a usted una bofetada, maldita sea, que se va usted a acordar de mí, maldita sea!...

FANNY. ¡Ay, hijo! ¡Qué genio! ¿Y debuta usted también mañana con nosotros?

DIONISIO. *(Enfadado.)* Sí.

FANNY. ¿Y qué hace usted?

DIONISIO. Nada.

FANNY. ¿Nada?

DIONISIO. Muy poquito... Como empiezo ahora, pues claro..., ¿qué voy a hacer?

FANNY. Pero algo hará usted... Dígamelo...

DIONISIO. Pero si es una tontería... Verá usted... Pues primero, va y toca la música un ratito... Así... ¡Parapapá, parapapá, parapapá...! Y entonces, entonces, voy yo, y salgo... y se calla la música... *(Ya todo muy rápido y haciéndose un lío.)* Y ya no hace parapá ni nada. Y yo voy, voy yo, salgo y

hago ¡hoop...! Y hago ¡hoop...! Y en seguida me voy, y me meto dentro... Y ya se termina...

FANNY. Es muy bonito...

DIONISIO. No vale nada...

FANNY. ¿Y gusta su número?

DIONISIO. ¡Ah! Eso yo no lo sé...

FANNY. Pero ¿le aplauden?

DIONISIO. Muy poco... Casi nada... Como está todo tan caro...

FANNY. Eso es verdad... *(Suena el timbre del teléfono.)* ¿Un timbre? ¿El teléfono?

DIONISIO. Sí. Es un pobre...

FANNY. ¿Un pobre? ¿Y cómo se llama?

DIONISIO. Nada. Los pobres no se llaman nada...

FANNY. Pero ¿y qué quiere?

DIONISIO. Quiere que yo le dé pan. Pero yo no tengo pan, y por eso no puedo dárselo... ¿Usted tiene pan?

FANNY. Voy a ver... *(Mira en su bolso.)* No. Hoy no tengo pan.

DIONISIO. Pues entonces, ¡anda y que se fastidie!

FANNY. ¿Quiere usted que le diga que Dios le ampare?

DIONISIO. No. No se moleste. Yo se lo diré. *(Con voz fuerte, desde la cama.)* ¡Dios le ampare!

FANNY. ¿Le habrá oído?

DIONISIO. Sí. Los pobres estos lo oyen todo.

(Y por la puerta de la izquierda, de calle, y con paquetes y botellas, entran TRUDY, CARMELA y SAGRA, que son tres alegres y alocadas «girls» del «ballet» de BUBY BARTON.)

SAGRA. *(Aún dentro.)* ¡Fanny! ¡Fanny!

CARMELA. *(Ya entrando con las otras.)* Ya estamos aquí.

TRUDY. ¡Y traemos pasteles!

SAGRA. ¡Y jamón!

CARMELA. ¡Y vino!

TRUDY. ¡Y hasta una tarta con *biscuit!*

LAS TRES. ¡Laralí! ¡Laralí!

SAGRA. ¡El señor del café nos ha convidado...!

(Empiezan a dejar ¡os paquetes y los abrigos encima del sofá.)

CARMELA. ¡Y pasaremos el rato reunidos aquí!

TRUDY. ¡Ha encargado ostras...!

SAGRA. ¡...Y champán del caro...!

CARMELA. ... Y hasta se ha enamorado de mí...

LAS TRES. ¡Laralí! ¡Laralí!

TRUDY. *(Indicando la habitación de la izquierda.)* ¡En ese cuarto dejamos más cosas!

SAGRA. ¡Todo lo prepararemos allí!

CARMELA. ¡Toma estos paquetes!

(Le da unos paquetes.)

TRUDY. ¡Ayúdanos! ¡Anda!

FANNY. *(Alegre, con los paquetes, haciendo mutis por la izquierda.)* ¿Nos divertiremos?

SAGRA. ¡Nos divertiremos!

CARMELA. ¡Verás cómo sí!

LAS TRES. ¡Laralí! ¡Laralí!

TRUDY. *(Fijándose en los sombreros de copa, que DIONISIO dejó en la mesita.)* ¡Mirad qué sombreros!

SAGRA. ¡Son de este señor!

CARMELA. ¡Es el malabarista que Paula nos dijo!

TRUDY. ¿Jugamos con ellos?

SAGRA. *(Tirándolos al alto.)* ¡Arriba! ¡Alay!

CARMELA. ¡Hoop!

(Los sombreros se caen al suelo y las tres muchachas idiotas, riéndose siempre, se van por la puerta de la izquierda. DIONISIO, que con estas cosas está muy triste, aprovecha que se ha quedado solo y, muy despacito, va y cierra la puerta que las chicas dejaron abierta. Después va a recoger los sombreros, que están en el suelo. Se le caen y, para mayor comodidad, se pone uno en la cabeza. En este momento dan unos golpecitos en la puerta del foro.)

DON ROSARIO. *(Dentro.)* ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio!

DIONISIO. *(Poniendo precipitadamente los dos sombreros en la mesita.)* ¿Quién?

DON ROSARIO. ¡Soy yo, don Rosario!

DIONISIO. ¡Ah! ¡Es usted!

(Y se acuesta, muy de prisa, metiéndose entre las sábanas y conservando su sombrero puesto.)

DON ROSARIO. *(Entrando con su cornetín.)* ¿No duerme usted? Me he figurado que sus vecinos de cuarto no le dejarían dormir. Son muy malos y todo lo revuelven...

DIONISIO. No he oído nada... Todo está muy tranquilo...

DON ROSARIO. Sin embargo, yo, desde abajo, oigo sus voces... Y usted necesita dormir. Mañana se casa usted. Mañana tiene usted que hacer feliz a una virtuosa señorita... Yo voy a tocar mi cornetín y usted se dormirá... Yo voy a tocar «La serenata de Toselli»...

(Y, en pie, frente a la cama, de cara a DIONISIO y de espaldas al público, toca, ensimismado en su arte. A poco, FANNY abre la puerta de la izquierda y entra derecha a recoger unos paquetes del sofá. Cruza la escena por el primer término, o sea, por detrás de DON ROSARIO, que no la ve. Coge los paquetes y da la vuelta para irse por el mismo camino. Pero en esto, se fija en DON ROSARIO y le pregunta a DIONISIO, que la está mirando):

FANNY. ¿Quién es ése?

DIONISIO. *(Muy bajito, para que no le oiga DON ROSARIO.)* Es el pobre...

FANNY. Qué pesado, ¿verdad...?

DIONISIO. Sí. Es muy pesado.

FANNY. Hasta luego.

(Y hace mutis por la izquierda.)

DIONISIO. Adiós.

(Al poco tiempo, entra y cruza la escena, del mismo modo que FANNY, y con el mismo objeto, EL ODIOSO SEÑOR, que lleva puesto un sombrero hongo. Cuando ya ha cogido un paquete y va a marcharse, ve a DIONISIO y le saluda, muy fino, quitándose el sombrero.)

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Adiós!

DIONISIO. *(Quitándose también el sombrero para saludar.)* Adiós. Buenas noches.

(Hace mutis EL ODIOSO SEÑOR. En seguida entra y hace el mismo juego MADAME OLGA, la mujer de las barbas.)

MADAME OLGA. *(Al irse, muy cariñosa, a DIONISIO.)* Yo soy madame Olga...

DIONISIO. ¡Ah!

MADAME OLGA. Ya sé que es usted artista...

DIONISIO. Sí...

MADAME OLGA. Vaya, pues me alegro...

DIONISIO. Muchas gracias...

MADAME OLGA. Hasta otro ratito...

DIONISIO. ¡Adiós!

(MADAME OLGA *hace mutis y cierra la puerta*. DIONISIO *cierra los ojos haciéndose el dormido*. DON ROSARIO *termina en este momento su pieza y deja de tocar*. Y *mira a DIONISIO*.)

DON ROSARIO. Se ha dormido... Es un ángel... Él soñará con ella... Apagaré la luz... (*Apaga la luz del centro y enciende el enchufe de la mesita de noche. Después se acerca a DIONISIO y le da un beso en la frente*.) ¡Duerme como un pajarito!

(*Y muy de puntillas, se va por la puerta del foro y cierra la puerta. Pero ahora suena el timbre del teléfono*. DIONISIO *se levanta corriendo y va hacia él*.)

DIONISIO. ¡Es Margarita...!

(*Pero la puerta de la izquierda se abre nuevamente, y PAULA se asoma, quedándose junto al quicio*. DIONISIO *ya abandona su ida al teléfono*.)

PAULA. ¿No entra usted?

DIONISIO. No.

PAULA. Entre usted... Le invitamos. Se distraerá...

DIONISIO. Tengo sueño... No...

PAULA. De todos modos, no le vamos a dejar dormir...

(*Por el rumor de alegría que hay dentro*.)

DIONISIO. Estoy cansado...

PAULA. Entre usted... Se lo pido yo... Sea usted simpático... Está ahí Buby, y me molesta Buby. Si entra usted, ya es distinto... Estando usted yo estaré contenta... ¡Yo estaré contenta con usted...! ¿Quiere?

DIONISIO. (*Que siempre es el mismo muchacho sin voluntad*.) Bueno.

(*Y va hacia la puerta. Entran los dos. Cierran. Y el timbre del teléfono sigue sonando unos momentos, inútilmente*.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Han transcurrido dos horas y hay un raro ambiente de juerga. La puerta de la izquierda está abierta y dentro suena la música de un gramófono que nos hace oír una java francesa con acordeón marinero. Los personajes entran y salen familiarmente por esta puerta, pues se supone que la cuchipanda se desenvuelve, generosamente, entre los dos cuartos. La escena está desordenada. Quizá haya papeles por el suelo. Quizá haya botellas de licor. Quizá haya, también, latas de conserva vacías. Hay muchos personajes en escena. Cuantos más veamos, más divertidos estaremos. La mayoría son viejos extraños que no hablan. Bailan solamente, unos con otros, o quizá, con alegres muchachas que no sabemos de dónde han salido, ni nos debe importar demasiado. Entre ellos hay un viejo lobo de mar vestido de marinero... Hay un indio con turbante, o hay un árabe. Es, en fin, un coro absurdo y extraordinario que ambientará unos minutos la escena, ya que, a los pocos momentos de levantarse el telón, irán desapareciendo, poco a poco, por la puerta de la izquierda. También, entre estos señores, están en escena los personajes principales. Buby, echado en la cama, temple monótonamente su ukelele. El odioso señor, apoyado en el quicio de la puerta izquierda, mira a Paula con voluptuosidad. Paula baila con Dionisio. Fanny, con El anciano militar, completamente calvo y con la pechera de su uniforme llena de condecoraciones y cruces. Sagra baila con El cazador astuto que, pendientes del cinto, lleva cuatro conejos, cada cual con una pequeña etiqueta, en la que es posible que vaya marcado el precio. Madame Olga, en bata y zapatillas, hace labor sentada en el diván. A su lado, en pie, El guapo muchacho, con una botella de coñac en la mano, la invita de cuando en cuando a alguna copa, mirándola constantemente con admiración y respeto provincianos...

(Se ha levantado el telón. El coro, siempre bailando sobre la música, ha ido evolucionando hasta desaparecer por la puerta de la izquierda.)

SAGRA. *(Hablando mientras baila.)* ¿Y hace mucho tiempo que cazó usted esos conejos?

EL CAZADOR ASTUTO. *(Borracho, pero correcto siempre.)* Sí, señorita. Hace quince días que los pesqué. Pero estoy siempre tan ocupado que no consigo tener ni cinco minutos libres para comérmelos... Siempre que pesco conejos, me pasa igual...

SAGRA. Yo, para trabajar, tengo un vestido parecido al suyo. Solamente que, en lugar de llevar colgados esos bichos, llevé plátanos. Hace más bonito...

EL CAZADOR ASTUTO. Yo no consigo pescar nunca plátanos. Yo sólo consigo pescar conejos.

SAGRA. Pero ¿los conejos se cazan o se pescan?

EL CAZADOR ASTUTO. *(Más correcto que nunca.)* Eso depende de la borrachera que tenga uno, señorita...

SAGRA. ¿Y no le molestan a usted para bailar?

EL CAZADOR ASTUTO. Atrozmente, señorita. Con su permiso, voy a tirar uno al suelo...

(Desprende un conejo del cinturón y lo deja caer en el suelo.)

SAGRA. Encantada.

(Siguen bailando, y el sitio que ocupaban lo ocupan ahora EL ANCIANO MILITAR y FANNY.)

EL ANCIANO MILITAR. Le aseguro, señorita, que jamás olvidaré esta noche tan encantadora. ¿No me dice usted nada?

FANNY. Ya le he dicho que yo lo que quiero es que me regale usted una cruz...

EL ANCIANO MILITAR. Pero es que estas cruces yo no las puedo regalar, caramba...

FANNY. ¿Y para qué quiere usted tanta cruz?

EL ANCIANO MILITAR. Las necesito yo, caramba.

FANNY. Pues yo quiero que me regale usted una cruz...

EL ANCIANO MILITAR. Es imposible, señorita. No tengo inconveniente en regalarle un sombrero, pero una cruz, no. También puedo regalarle un aparato de luz para el comedor...

FANNY. Ande usted, tonto. Que tiene una cabeza que parece una mujer bañándose...

EL ANCIANO MILITAR. ¡Oh, qué repajolera gracia tiene usted, linda señorita...!

(Como durante todo el diálogo han estado bailando, ahora EL ANCIANO MILITAR tropieza con el conejo que tiró el cazador y de un puntapié, lo manda debajo de la cama.)

FANNY. ¿Eh? ¿Qué es eso?

EL ANCIANO MILITAR. No, nada. ¡El gato!

(Y siguen bailando, hasta desaparecer por la izquierda.)

MADAME OLGA. ¡Oh! ¡Yo soy una gran artista! Me he exhibido en todos los circos de todas las ciudades... Junto al viejo oso, junto a la cabra triste, junto a los niños descoyuntados... *Great attraction!* ¡Yo soy una grande artista...!

EL GUAPO MUCHACHO. Sí, señor... Pero ¿por qué no se afeita usted la barba?

MADAME OLGA. Mi marido, monsieur Durand, no me lo hubiese consentido nunca... Mi marido era un hombre muy bueno, pero de ideas antiguas... ¡Él no

pudo resistir nunca a esas mujeres que se depilan las cejas y se afeitan el cogote...! Siempre lo decía el pobre: «¡Esas mujeres que se afeitan me parecen hombres!»

EL GUAPO MUCHACHO. Sí, señor... Pero por lo menos se podía usted teñir de rubio... ¡Donde esté una mujer con una buena barba rubia...!

MADAME OLGA. ¡Oh! Mi marido, monsieur Durand, tampoco lo habría consentido. A él sólo le gustaban las bellas mujeres con barba negra... Tipo español, ¿no? ¡Andalusa! ¡Gitana! ¡Viva tu padrrre! Dame otra copa.

EL GUAPO MUCHACHO. ¿Y su marido también era artista?

MADAME OLGA. ¡Oh, él tuvo una gran suerte...! Tenía cabeza de vaca y cola de cocodrilo... Ganó una fortuna... Pero ¿y esa copa?

EL GUAPO MUCHACHO. *(Volcando la botella, que ya está vacía.)* No hay más.

MADAME OLGA. *(Levantándose.)* Entonces vamos por otra botella...

EL GUAPO MUCHACHO. *(Galante.)* ¿Me da usted el brazo, patitas de *bailaora*?

MADAME OLGA. Encantada.

(Y, del brazo, hacen mutis por la izquierda.)

DIONISIO. *(Bailando con PAULA.)* Señorita... Yo necesito saber por qué estoy yo borracho...

PAULA. Usted no está borracho, Toninini...

(Dejan de bailar.)

DIONISIO. Yo necesito saber por qué me llama usted a mí Toninini...

PAULA. ¿No hemos quedado en que yo le llame a usted Toninini? Es muy divertido ese nombre, ¿verdad?

DIONISIO. *Oui.*

PAULA. ¿Por qué dice usted *oui*?

DIONISIO. Señorita..., también yo quisiera saber por qué digo *oui*... Yo tengo mucho miedo, señorita...

PAULA. ¡Es usted un chico maravilloso!

DIONISIO. ¡Pues usted tampoco es manca, señorita!

PAULA. ¡Qué cosas tan especiales dice usted...!

DIONISIO. ¡Pues usted tampoco se chupa el dedo...!

EL ODIOSO SEÑOR. *(Acercándose a DIONISIO.)* ¿Está usted cansado?

DIONISIO. ¿Yo?

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Me permite usted dar una vuelta con esta señorita?

PAULA. *(Grosera.)* ¡No!

EL ODIOSO SEÑOR. Yo soy el señor más rico de toda la provincia... ¡Mis campos están llenos de trigo!

PAULA. ¡No! ¡No y no!

(Y se marcha por la puerta de la izquierda. DIONISIO se sienta en el sofá, medio dormido. Y el señor se va detrás de PAULA.)

EL CAZADOR ASTUTO. *(Siempre bailando.)* Señorita... ¿me permite usted que tire otro conejo al suelo?

SAGRA. Encantada, caballero.

EL CAZADOR ASTUTO. *(Tirándolo esta vez debajo de la cama.)* Muchas gracias, señorita.

(Y también se van bailando por la izquierda. Ya en la habitación sólo han quedado BUBY, en la cama, y DIONISIO, que habla sobre la música del disco que sigue girando dentro.)

DIONISIO. Yo estoy borracho... Yo no quiero beber... Mi cabeza zumba... Todo da vueltas a mi alrededor... ¡Pero soy feliz! ¡Yo nunca he sido tan feliz...! Yo soy el caballo blanco del gran Circo Principal! *(Se levanta y da unos pasos haciendo el caballo.)* Pero mañana... mañana. *(De pronto, fijándose en BUBY.)* ¿Tú tienes algo interesante que hacer mañana...? Yo, sí... ¡Yo voy a una fiesta! ¡A una gran fiesta con flores, con música, con niñas vestidas de blanco..., con viejas vestidas de negro...! Con monaguillos..., con muchos monaguillos... ¡Con un millón de monaguillos! *(Debajo de la cama suena una voz de hombre, que canta «Marcial, tú eres el más grande...»* DIONISIO se agacha, levanta la colcha y dice, mirando debajo de la cama.) ¡Caballero, haga el favor de salir de ahí! *(Y EL ALEGRE EXPLORADOR sale, muy serio, con una botella en la mano, y se va por la lateral izquierda.)* Y luego, un tren... Y un beso... Y una lágrima de felicidad... ¡Y un hogar! ¡Y un gato! ¡Y un niño...! Y luego, otro gato... Y otro niño... ¡Y un niño...! Y otro niño... ¡Yo no quiero emborracharme...! ¡Yo la quiero...! *(Se para frente al armario. Escucha. Lo abre y les dice a TRUDY y a EL ROMÁNTICO ENAMORADO, que están dentro haciéndose el amor.)* ¡Hagan el favor de salir de ahí! *(Y la pareja de enamorados salen cogidos del brazo y se van, muy amartelados, por la izquierda, deshojando una margarita.)* ¡Yo necesito saber por qué hay tanta gente en mi habitación! ¡Yo quiero que me digan por qué está este señor negro acostado en mi cama! ¡Yo no sé por qué ha entrado el negro aquí ni por qué ha entrado la mujer barbuda...!

PAULA. *(Dentro.)* ¡Dionisio! *(Sale.)* ¡Toninini! *(Y va hacia él.)* ¿Qué hace usted?

DIONISIO. *(Transición, y en voz baja.)* Estaba aquí hablando con este amigo... Yo no soy Toninini ni soy ese niño muerto... Yo no la conozco a usted... Yo no conozco a nadie... *(Muy serio.)* ¡Adiós, buenas noches!

(Y se va por la izquierda.)

PAULA. *(Intentando detenerle.)* ¡Venga usted! ¡Dionisio!

(Pero BUBY se ha levantado y se interpone ante la puerta cerrando el paso a PAULA. Ha cambiado completamente de expresión y habla a PAULA en tono apremiante.)

BUBY. ¿Algo?

PAULA. (Disgustada.) ¡Oh, Buby...!

BUBY. (Más enérgico.) ¿Algo?

PAULA. Él es un compañero... ¡Él trabajará con nosotros...!

BUBY. ¿Y qué importa eso? ¡Ya lo sé! Pero los compañeros también a veces tienen dinero... (En voz baja.) Y nosotros necesitamos el dinero esta misma noche... Tú lo sabes... Debemos todo... ¡Es necesario ese dinero, Paula...! ¡Si no, todo está perdido...!

PAULA. Pero él es un compañero... Ha sido una mala suerte... Debes comprenderlo, Buby...

(Se sienta. Y BUBY también. Pequeña pausa.)

BUBY. Realmente ha sido una mala suerte que esta habitación estuviese ocupada por un lindo compañero... Porque él es lindo, ¿verdad? (Siempre irónico, burlón y sentimental.) Sí. Yo sé que es lindo... ¡Ha sido una mala suerte!... No es nada fácil descorrer un pestillo por dentro y hacer una buena escena para encontrarse con que dentro de la habitación no hay un buen viajero gordo con papel en la cartera, sino un mal malabarista sin lastre en el chalequito... Verdaderamente ha sido una mala suerte...

PAULA. Buby... Esto que hacemos no es del todo divertido...

BUBY. No. Francamente, no es del todo divertido, ¿verdad? ¡Pero qué vamos a hacerle!... El negro Buby no sabe bailar bien... ¡Y vosotras bailáis demasiado mal!... (En este momento, en la habitación de al lado, el CORO DE VIEJOS EXTRAÑOS empieza a cantar, muy en plan de orfeón, «El relicario». Unos segundos, solamente. Sobre las últimas voces, ya muy piano, sigue hablando BUBY.) Es difícil bailar, ¿no?... Duelen las piernas siempre y, al terminar, el corazón se siente fatigado... Y, sin embargo, a alguna cosa se tienen que dedicar las bonitas muchachas soñadoras cuando no quieren pasarse la vida en el taller, o en la fábrica, o en el almacén de ropas. El teatro es lindo, ¿verdad? ¡Hay libertad para todo! Los padres se han quedado en la casita, allá lejos, con su miseria y sus penas, con su puchero en el fuego... No hay que cuidar a los hermanitos, que son muchos y que lloran siempre. ¡La máquina de coser se quedó en aquel rincón! Pero bailar es difícil, ¿verdad, Paula?... Y los empresarios no pagan con exceso a aquellos artistas que no gustan lo suficiente... ¡El dinero nunca llega para nada!... ¡Y las muchachas lindas se mueren de dolor cuando su sombrero se ha quedado cursi! ¡La muerte antes que un sombrero cursi! ¡¡La muerte antes que un trajecito barato!! ¡¡¡Y la vida entera por un abrigo de piel!!! (Dentro, el CORO DE VIEJOS EXTRAÑOS vuelve a cantar algunos compases de «El relicario».) ¿Verdad, Paula? Sí. Paula ya sabe de eso... Y es tan fácil que una muchacha bonita entre huyendo de su novio en el cuarto de un señor que se dispone a dormir... ¡Es muy aburrido dormir solo

en el cuarto de un hotel! Y los gordos señores se compadecen siempre de las muchachas que huyen de los negros y hasta, a veces, les suelen regalar billetes de un bravo color cuando las muchachas son cariñosas... Y un beso no tiene importancia... Ni dos, tampoco..., ¿verdad? Y después... ¡Ah, después, si ellos se sienten defraudados, no es fácil que protesten!... ¡Los gordos burgueses no quieren escándalos cuando saben además, que un negro es amigo de la chica!... ¡Un negro con buenos puños que los golpearía si intentasen propasarse!...

PAULA. ¡Pero él no es un gordo señor! ¡Él es un compañero!

BUBY. *(Mirando hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Calla!

(Y EL ANCIANO MILITAR y FANNY salen cogidos del brazo y paseando. FANNY lleva colgada en el pecho una de las cruces de EL ANCIANO MILITAR.)

EL ANCIANO MILITAR. Señorita, ya le he regalado a usted esa preciosa cruz.... Espero que ahora me dará usted una esperanza... ¿Quiere usted escaparse conmigo...?

FANNY. Yo quiero otra cruz...

EL ANCIANO MILITAR. Pero eso es imposible, señorita. Comprenda usted el sacrificio que he hecho ya dándole una... Me ha costado mucho trabajo ganarlas... Me acuerdo que una vez, luchando con los indios *sioux*...

FANNY. Pues yo quiero otra cruz...

EL ANCIANO MILITAR. Vamos, señorita... Dejemos esto y conteste a mis súplicas... ¿Consiente usted en escaparse conmigo?

FANNY. Yo quiero que me regale usted otra cruz...

(Han cruzado la escena hasta llegar al balcón, vuelven a cruzarla en sentido contrario, y ahora desaparecen por donde entraron.)

BUBY. Realmente ha sido una mala suerte encontrar un compañero en la habitación de al lado... Pero Paula, las cosas aún se pueden arreglar... ¡La vida es buena! ¡Ha surgido lo que no pensábamos! ¡Un pequeño baile en el hotel! ¡Unos señores que os invitan...! Paula, entre estos señores los hay que tienen dinero... Mira a Fanny. Fanny es lista... Fanny no pierde el tiempo... El militar tiene cruces de oro y hasta cruces con brillantes... Y hay también un rico señor que quiere bailar contigo..., que cien veces te ha invitado para que bailes con él...

PAULA. ¡Es un odioso señor...!

BUBY. La linda Paula debía bailar con ese caballero... ¡Y Buby estaría más alegre que el gorrioncillo en la acacia y el quetzal en el ombú!

PAULA. *(Sonriendo, divertida.)* Eres un cínico, Buby...

BUBY. ¡Oh, Buby siempre es un cínico porque da buenos consejos a las muchachas que van con él! *(Con ironía.)* ¿O es que te gusta el malabarista?

PAULA. No sé.

BUBY. Sería triste que te enamorasas de él. Las muchachas como vosotras no deben enamorarse de aquellos hombres que no regalan joyas ni bonitas pulseras para los brazos... Perderás el tiempo. ¡Necesitamos dinero, Paula! ¡Debemos todo! ¡Y ese señor es el hombre más rico de toda la provincia!

PAULA. Esta noche yo no tengo ganas de hablar con los señores ricos... Esta noche quiero que me dejes en paz... A ratos, estas cosas le divierten a una..., pero otras veces, no...

BUBY. Es que si no, esto se acaba... Tendremos que separarnos todos... ¡El *ballet* de Buby Barton terminó en una provincia!... (*Dentro, el CORO DE VIEJOS EXTRAÑOS interpreta ahora algunos compases de «El batelero del Volga».*) Yo no lo pido por mí... Un negro vive de cualquier manera... Pero una buena muchacha... ¡Os esperan los trajecitos baratos y los sombreritos cursis...! ¡La máquina de coser que quedó en aquel rincón! ¿O es que tienes la ilusión de encontrar un guapo novio y que te vista de blanco...?

PAULA. No sé, Buby. No me importa... Nunca me ocupé de eso...

BUBY. ¡Ay, mi Paula...! Los caballeros os quieren a vosotras, pero se casan con las demás... (*Mira hacia la izquierda.*) ¡Aquí viene este señor...! (*Muy junto a PAULA. Muy hipócrita.*) ¡Tú eres una muchacha cariñosa, Paula! ¡Vivan las muchachas cariñosas...! ¡Hurra por las muchachas cariñosas...!

(*Entra por la izquierda EL ODIOSO SEÑOR.*)

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Hace demasiado calor en el otro cuarto! Todos están en el otro cuarto... ¡Y han bebido tanto, que alborotan como perros...!

BUBY. (*Muy amable. Muy dulce.*) ¡Oh, señor! ¡Pero siéntese usted aquí! (*Junto a PAULA, en el sofá.*) Aquí el aire es mucho más puro... Aquí el aire es tan despejado que, de cuando en cuando, cruza un pajarillo cantando y las mariposas van y vienen, posándose en las flores de las cortinas.

EL ODIOSO SEÑOR, (*sentándose junto a PAULA.*) ¿Por fin *debutan* ustedes mañana?

PAULA. Sí. Mañana *debutamos*...

EL ODIOSO SEÑOR. Iré a verlos, para reírme un rato... Yo tengo abonado un proscenio... Siempre lo tengo abonado y veo siempre a las chiquitas que trabajan por aquí... Yo soy el señor más rico de toda la provincia...

BUBY. Ser rico... debe ser hermoso, ¿verdad...?

EL ODIOSO SEÑOR. (*Orgulloso. Odioso.*) Sí. Se pasa muy bien... Uno tiene fincas... Y tiene estanques, con peces dentro... Uno come bien... Pollos, sobre todo... Y langosta... Uno también bebe buenos vinos... Mis campos están llenos de trigo...

PAULA. Pero ¿y por qué tiene usted tanto trigo en el campo?

EL ODIOSO SEÑOR. Algo hay que tener en el campo, señorita. Para eso están. Y se suele tener trigo porque tenerlo en casa es muy molesto...

BUBY. Y, claro..., siendo tan rico..., ¡las mujeres le amarán siempre...!

EL ODIOSO SEÑOR. Sí. Ellas siempre me aman... Todas las chiquitas que han pasado por este Music-Hall me han amado siempre... Yo soy el más rico de toda la provincia... ¡Es natural que ellas me amen...!

BUBY. Es claro... Las pobres chicas aman siempre a los señores educados... Ellas están tan tristes... Ellas necesitan el cariño de un hombre como usted... Por ejemplo, Paula. La linda Paula se aburre... Ella, esta noche, no encuentra a ningún buen amigo que le diga palabras agradables... Palabritas dulces de enamorado... Ellas siempre están entre gente como nosotros, que no tenemos campos y que viajamos constantemente, de un lado para otro, pasando por todos los túneles de la Tierra.

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Y es de pasar por tantos túneles de lo que se ha quedado usted así de negro? ¡Ja, ja!

(Se ríe exageradamente de su gracia.)

BUBY. *(Como fijándose de pronto en una mariposa imaginaria y como queriéndola coger.)* ¡Silencio! ¡Oh! ¡Una linda mariposa! ¡Qué bellos colores tiene! ¡Silencio! ¡Ahora se va por allí...! *(Por la puerta de la izquierda, en la que él ya está preparando el mutis.)* ¡Voy a cerrar la puerta, y dentro la cogeré! ¡No quiero que se me escape! ¡Con su permiso, señor!

(BUBY se ha ido, dejando la puerta cerrada. El señor se acerca más a PAULA. Hay una pequeña pausa, violenta, en la que el señor no sabe cómo iniciar la conversación. De pronto.)

EL ODIOSO SEÑOR. ¿De qué color tiene usted las ligas, señorita?

PAULA. Azules.

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Azul claro o azul oscuro?

PAULA. Azul oscuro.

EL ODIOSO SEÑOR. *(Sacando un par de ligas de un bolsillo.)* ¿Me permite usted que le regale un par de azul claro? El elástico es del mejor.

(Las estira y se las da.)

PAULA. *(Tomándolas.)* Muchas gracias. ¿Para qué se ha molestado?

EL ODIOSO SEÑOR. No vale la pena. En casa tengo más...

PAULA. ¿Usted vive en esta población?

EL ODIOSO SEÑOR. Sí. Pero todos los años me voy a Niza.

PAULA. ¿Y se lleva usted el trigo o lo deja aquí?

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Oh, no! El trigo lo dejo en el campo... Yo pago a unos hombres para que me lo guarden y me voy tranquilo a Niza... ¡En coche-cama, desde luego!

PAULA. ¿No tiene usted automóvil?

EL ODIOSO SEÑOR. Sí. Tengo tres... Pero a mí no me gustan los automóviles, porque me molesta eso de que vayan siempre las ruedas dando vueltas... Es monótono... *(De pronto.)* ¿Qué número usa usted de medias?

PAULA. El seis.

EL ODIOSO SEÑOR. *(Saca de un bolsillo un par de medias, sin liar ni nada, y se las regala.)* ¡Seda pura! ¡Tire usted!

PAULA. No. No hace falta.

EL ODIOSO SEÑOR. Para que usted vea.

(Las coge y las estira. Tanto, que las medias se parten por la mitad.)

PAULA. ¡Oh, se han roto!

EL ODIOSO SEÑOR. No importa. Aquí llevo otro par.

(Tira las rotas al suelo. Saca otro par de un bolsillo y se las regala.)

PAULA. Muchas gracias.

EL ODIOSO SEÑOR. No vale la pena...

PAULA. ¿Entonces, todos los años se va usted a Niza?

EL ODIOSO SEÑOR. Todos los años, señorita... Allí tengo una finca, y lo paso muy bien viendo ordeñar a las vacas. Tengo cien. ¿A usted le gustan las vacas?

PAULA. Me gustan más los elefantes.

EL ODIOSO SEÑOR. Yo, en la India, tengo cuatrocientos... Por cierto que ahora les he puesto trompa y todo. Me he gastado un dineral... *(De pronto.)* Perdón, señorita; se me olvidaba ofrecerle un ramo de flores.

(Saca del bolsillo interior de la americana un ramo de flores y se lo regala.)

PAULA. *(Aceptándolo.)* Encantada.

EL ODIOSO SEÑOR. No vale la pena... Son de trapo.. Ahora, que el trapo es del mejor...

(Y se acerca a PAULA.)

PAULA. ¿Es usted casado?

EL ODIOSO SEÑOR. Sí. Claro. Todos los señores somos casados. Los caballeros se casan siempre... Por cierto que mañana, precisamente, tengo que asistir a una boda... Se casa la hija de un amigo de mi señora y no tengo más remedio que ir...

PAULA. ¿Una boda por amor?

EL ODIOSO SEÑOR. Sí. Creo que los dos están muy enamorados. Yo iré a la boda, pero en seguida me iré a Niza...

PAULA. ¡Cómo me gustaría a mí también ir a Niza!

EL ODIOSO SEÑOR. Mi finca de allá es hermosa. Tengo una gran piscina, en la que me doy cinco o seis baños diarios... ¿Usted también se baña con frecuencia, señorita?

PAULA. (*Muy ingenua.*) Sí. Pero claro está que no tanto como su tía de usted...

EL ODIOSO SEÑOR. (*Algo desconcertado.*) ¡Claro! (*Y saca del bolsillo una bolsa de bombones.*) ¿Unos bombones, señorita? Para usted la bolsa...

PAULA. (*Aceptándolos.*) Muchas gracias.

EL ODIOSO SEÑOR. Por Dios... ¿Y qué echa usted en el agua del baño?

PAULA. «Papillons de Printemps». ¡Es un perfume lindo!

EL ODIOSO SEÑOR. Yo echo focas. Estoy tan acostumbrado a bañarme en Noruega, que no puedo habituarme a estar en el agua sin tener un par de focas junto a mí. (*Fijándose en PAULA, que no come bombones.*) Pero ¿no toma usted bombones? (*Saca un bocadillo del bolsillo.*) ¿Quiere usted este bocadillo de jamón?

PAULA. No tengo apetito.

EL ODIOSO SEÑOR. (*Sacando otro bocadillo de otro bolsillo.*) ¿Es que lo prefiere de caviar?

PAULA. No. De verdad. No quiero nada.

EL ODIOSO SEÑOR. (*Volviendo a guardárselos.*) Es una lástima. En fin, señorita... (*Acercándose más a ella.*) ¿Me permite que le dé un beso? Después de esta conversación tan agradable, se ve que hemos nacido el uno para el otro...

PAULA. (*Desviándose.*) No.

EL ODIOSO SEÑOR. (*Extrañado.*) ¿Aún no? (*Y entonces de otro bolsillo, saca una carraca.*) Con su permiso, me voy a tomar la libertad de regalarle esto. No vale nada, pero es entretenido...

PAULA. (*Cogiendo la carraca y dejándola sobre el sofá.*) Muchas gracias.

EL ODIOSO SEÑOR. Y ahora, ¿la puedo dar un beso?

PAULA. No.

EL ODIOSO SEÑOR. Pues lo siento mucho, pero no tengo más regalos en los bolsillos... Ahora que, si quiere usted, puedo ir a mi casa por más...

PAULA. (*Fingiendo mucha melancolía.*) No. No se moleste.

EL ODIOSO SEÑOR. Parece que está usted triste... ¿Qué le pasa a usted?

PAULA. Sí. Estoy triste. Estoy horriblemente triste...

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Acaso he cometido alguna incorrección, señorita?

PAULA. No. Estoy muy triste porque me pasa una cosa tremenda... ¡Soy muy desgraciada!

EL ODIOSO SEÑOR. Todo tiene arreglo en la vida, nenita...

PAULA. No. Esto no tiene arreglo. ¡No puede tener arreglo!

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Es que se le han roto a usted algunos zapatos?

PAULA. Me ha pasado otra cosa más terrible. ¡Soy muy desgraciada!

EL ODIOSO SEÑOR. Vamos, señorita. Cuénteme lo que le sucede...

PAULA. Figúrese usted que nosotros hemos llegado aquí esta tarde, de viaje... Y yo llevaba una cartera y dentro llevaba unos cuantos ahorros... Unos cuantos billetes... Y ha debido ser en el tren... Sin duda, mientras dormía... El caso es que, al despertar, no encontré la cartera por ninguna parte... Figúrese usted mi disgusto... Ese dinero me hacía falta para comprarme un abrigo... Y ahora todo lo he perdido. ¡Soy muy desgraciada!

EL ODIOSO SEÑOR. *(Ya en guardia.)* Vaya, vaya... ¿Y dice usted que la perdió en el tren?

PAULA. Sí. En el tren.

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Y miró usted bien por el departamento?

PAULA. Sí. Y por los pasillos.

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Miró también en la locomotora?

PAULA. Sí. También miré en la locomotora... *(Pausa.)*

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Y cuánto dinero llevaba usted en la cartera?

PAULA. Cuatro billetes.

EL ODIOSO SEÑOR. ¿Pequeños?

PAULA. Medianos.

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Cuatro billetes!

PAULA. ¡Estoy muy disgustada, caballero...!

EL ODIOSO SEÑOR. *(Ya dispuesto a todo.)* ¿Y dice usted que son cuatro billetes?

PAULA. Sí. Cuatro billetes.

EL ODIOSO SEÑOR. *(Sonriendo pícaro.)* Uno va todos los años a Niza y conoce estas cosas, señorita... ¡Claro que si usted fuese cariñosa!... Aunque hay que tener en cuenta que ya le he hecho varios regalos...

PAULA. No entiendo lo que quiere usted decir... Habla usted de una forma...

EL ODIOSO SEÑOR. *(Sacando un billete de la cartera, y muy tunante.)* ¿Para quién va a ser este billetito?

PAULA. No se moleste, caballero... Es posible que aún la encuentre...

EL ODIOSO SEÑOR. *(Colocándole el billete en la mano.)* Tómelo. Si la encuentra ya me lo devolverá... Y ahora... ¿Me permite usted que le dé un beso?

PAULA. *(Apartándose aún.)* ¡Tengo un disgusto tan grande! Porque figúrese que no es un billete solamente... Son cuatro...

EL ODIOSO SEÑOR. *(Sacando nuevamente la cartera y de ella otros tres billetes.)* Vaya, vaya... *(Muy mimoso.)* ¿Para quién van a ser estos billetitos?

PAULA. *(Tomándolos, y ya cariñosa.)* ¡Qué simpático es usted! *(Y él le da un beso. Después se levanta y echa los pestillos de las puertas. PAULA se pone en guardia.)* ¿Qué ha hecho usted?

EL ODIOSO SEÑOR. He cerrado las puertas...

PAULA. *(Levantándose.)* ¿Para qué?

EL ODIOSO SEÑOR. Para que no puedan entrar ni los pájaros ni las mariposas... *(Va hacia ella y la abraza. Ya ha perdido toda su falsa educación. Ya quiere cobrarse su dinero lo antes posible.)* ¡Eres muy bonita!

PAULA. *(Enfadada.)* ¡Abra usted las puertas!

EL ODIOSO SEÑOR. Luego abriremos las puertas, ¿verdad? ¡Siempre hay tiempo para abrir las puertas!...

PAULA. *(Ya indignada e intentando zafarse de los brazos de EL ODIOSO SEÑOR.)* ¡Déjeme usted! ¡Usted no tiene derecho a esto! ¡Abra usted las puertas!

EL ODIOSO SEÑOR. Yo no gasto mi dinero en balde, nenita...

PAULA. *(Furiosa.)* ¡Yo no le he pedido a usted ese dinero! ¡Usted me lo ha dado! ¡Déjeme usted! ¡Fuera de aquí! ¡Largo! ¡Voy a gritar!

EL ODIOSO SEÑOR. Le he dado a usted cuatro billetes... Usted tiene que ser buena conmigo... Eres demasiado bonita para que te deje...

PAULA. ¡Yo no se los he pedido! ¡Déjeme ya! *(Gritando.)* ¡Buby! ¡Buby!

(El señor, brutote, brutote, insiste en abrazarla. Pero BUBY ha abierto la puerta de la izquierda y contempla la escena, frío, frío. El señor le ve y, sudoroso, descompuesto, fuera de sí, se dirige amenazador a PAULA.)

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Devuélvame ese dinero! ¡Pronto! ¡Devuélvame ese dinero! ¡Canallas!

PAULA. *(Tirándole el dinero, que el señor recoge.)* ¡Ahí va su dinero!

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Devuélvame las medias!

PAULA. *(Tirándole las medias.)* ¡Ahí van sus medias!

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Devuélvame las flores!

PAULA. *(Tirándoselas.)* ¡Ahí van las flores!

EL ODIOSO SEÑOR. ¡Canallas! ¿Qué os habíais creído? *(Va acercándose a la puerta del foro y la abre.)* ¿Pensabais engañarme entre los dos? ¡A mí! ¡A mí! ¡Canallas!

(Y hace mutis.)

BUBY. *(Frío.)* ¿Sentiste escrúpulos?

PAULA. Sí. Él había pensado lo que no era. Es un bárbaro, Buby...

BUBY. Probablemente te gustará más que te bese el malabarista...

PAULA. *(Nerviosa.)* ¡No sé! ¡Dejadme en paz! ¡Vete tú también! ¡Dejadme en paz todos!

BUBY. Linda Paula... Acuérdate de lo que te digo, ¿no? Has echado todo a perder... ¡Todo! Será mejor que no sigas pensando en ese muchacho, porque si no, te mato a ti o le mato a él... ¿Entiendes, Paula? ¡Vivan las muchachas que hacen caso a lo que les dice Buby!

(Y hace mutis por la izquierda. PAULA se sienta en el sofá con ceñito de disgusto y, por la izquierda, vuelven a entrar FANNY y EL ANCIANO MILITAR, que

como antes, cogidos del brazo y paseando, atraviesan la escena de un lado a otro. Pero esta vez ya FANNY lleva todas las cruces prendidas en su pecho. Al ANCIANO MILITAR sólo le queda una. La más grande.)

EL ANCIANO MILITAR. Ya le he dado todas las cruces. Sólo me queda una. La que más trabajo me ha costado ganar... La que conseguí peleando con los cosacos. Y, ahora, ¿accede usted a escaparse conmigo? Venga usted junto a mí. Nos iremos a América y allí seremos felices. Pondremos un gran rancho y criaremos gallinitas...

FANNY. Yo quiero que me dé usted esa otra cruz...

EL ANCIANO MILITAR. No. Esta no puedo dársela, señorita...

FANNY. Pues entonces no me voy con usted...

EL ANCIANO MILITAR. ¡Oh, señorita...! ¿Y si se la diese...? (Se van por la izquierda. Pero a los pocos momentos vuelven a salir, ella con la gran cruz, con una maleta, el sombrero y un abrigo, y él con el capote y el ros de plumero. Y, muy amartelados, se dirigen a la puerta del foro.) ¡Oh, Fanny, mira que si tuviéramos un niño rubio...!

FANNY. ¡Por Dios, Alfredo!

(Y hacen mutis por la puerta del foro. PAULA sigue en su misma actitud pensativa. Y ahora, por la izquierda, entra DIONISIO con ojos de haber dormido. Y se fija en PAULA, a la que es posible que se le hayan saltado las lágrimas, de soberbia.)

DIONISIO. ¿Está usted llorando?

PAULA. No lloro.

DIONISIO. ¿Está triste porque no he venido? Yo estaba ahí durmiendo con unos amigos... (PAULA calla.) ¿Ha reñido usted con ese negro? ¡Debemos linchar al negro! ¡Nuestra obligación es linchar al negro!

PAULA. Para linchar a un negro es preciso que se reúna mucha gente...

DIONISIO. Yo organizaré una suscripción...

PAULA. No.

DIONISIO. Si a mí no me molesta...

PAULA. (Con cariño.) Dionisio...

DIONISIO. ¿Qué?

PAULA. Siéntese aquí..., conmigo...

DIONISIO. (Sentándose a su lado.) Bueno.

PAULA. Es preciso que nosotros seamos buenos amigos... ¡Si supiese usted lo contenta que estoy desde que le conozco...! Me encontraba tan sola... ¡Usted no es como los demás! Yo, con los demás, a veces tengo miedo. Con usted, no. La gente es mala..., los compañeros del Music-Hall no son como debieran ser... Los caballeros de fuera del Music-Hall tampoco son como debieran ser los caballeros... (DIONISIO, distraído, coge la carraca que se quedó por allí y empieza a tocarla, muy entretenido.) Y, sin embargo, hay que vivir

con la gente, porque si no una no podría beber nunca champaña, ni llevar lindas pulseras en los brazos... ¡Y el champaña es hermoso... y las pulseras llenan siempre los brazos de alegría!... Además es necesario divertirse... Es muy triste estar sola... Las muchachas como yo se mueren de tristeza en las habitaciones de estos hoteles... Es preciso que usted y yo seamos buenos amigos... ¿Quieres que nos hablemos de tú...?

DIONISIO. Bueno. Pero un ratito nada más...

PAULA. No. Siempre. Nos hablaremos de tú ¡siempre! Es mejor... Lo malo..., lo malo es que tú no seguirás con nosotros cuando terminemos de trabajar aquí... Y cada uno nos iremos por nuestro lado... Es imbécil esto de tener que separarnos tan pronto, ¿verdad...? A no ser que tú necesitaras una *partenaire* para tu número... ¡Oh! ¡Así podríamos estar más tiempo juntos...! Yo aprendería a hacer malabares, ¿no? ¡A jugar también con tres sombreros de copa!

(A DIONISIO se le ha descompuesto su carraca. Ya no suena. Por este motivo, él se pone triste.)

DIONISIO. Se ha descompuesto...

PAULA. (Cogiendo la carraca y arreglándola.) Es así. (Y se la vuelve a dar a DIONISIO, que sigue tocándola, tan divertido.) ¡Es una lástima que tú no necesites una *partenaire* para tu número! ¡Pero no importa! Estos días los pasaremos muy bien, ¿sabes...? Mira... Mañana saldremos de paseo. Iremos a la playa..., junto al mar... ¡Los dos solos! Como dos chicos pequeños, ¿sabes? ¡Tú no eres como los demás caballeros! ¡Hasta la noche no hay función! ¡Tenemos toda la tarde para nosotros! Compraremos cangrejos... ¿Tú sabes mondar bien las patas de los cangrejos? Yo sí. Yo te enseñaré..., los comeremos allí, sobre la arena... Con el mar enfrente. ¿Te gusta a ti jugar con la arena? ¡Es maravilloso! Yo sé hacer castillitos y un puente con su ojo en el centro por donde pasa el agua... ¡Y sé hacer un volcán! Se meten papeles dentro y se queman, ¡y sale humo...! ¿Tú no sabes hacer volcanes?

DIONISIO. (Ya ha dejado la carraca y se va animando poco a poco.) Sí.

PAULA. ¿Y castillos?

DIONISIO. Sí.

PAULA. ¿Con jardín?

DIONISIO. Sí, con jardín. Les pongo árboles y una fuente en medio y una escalera con sus peldaños para subir a la torre del castillo.

PAULA. ¿Una escalera de arena? ¡Oh, eres un chico maravilloso! Dionisio, yo no la sé hacer...

DIONISIO. Yo sí. También sé hacer un barco y un tren... ¡Y figuras! También sé hacer un león...

PAULA. ¡Oh! ¡Qué bien! ¿Lo estás viendo? ¿Lo estás viendo, Dionisio? ¡Ninguno de esos caballeros sabe hacer con arena ni volcanes, ni castillo, ni leones? ¡Ni Buby tampoco! ¡Ellos no saben jugar! Yo sabía que tú eras distinto... Me enseñarás a hacerlos, ¿verdad? Iremos mañana...

(Pausa. DIONISIO, al oír la palabra «mañana», pierde de pronto su alegría y su entusiasmo por los juegos junto al mar.)

DIONISIO. ¿Mañana...?

PAULA. ¡Mañana!

DIONISIO. No.

PAULA. ¿Por qué?

DIONISIO. Porque no puedo.

PAULA. ¿Tienes que ensayar?

DIONISIO. No.

PAULA. Entonces, entonces, ¿qué tienes que hacer?

DIONISIO. Tengo... que hacer.

PAULA. ¡Lo dejas para otro día! ¡Hay muchos días! ¡Qué más da! ¿Es muy importante lo que tienes que hacer...?

DIONISIO. Sí.

PAULA. ¿Negocio?

DIONISIO. Negocio.

(Pausa.)

PAULA. (De pronto.) Novia no tendrás tú, ¿verdad...?

DIONISIO. No; novia, no.

PAULA. ¡No debes tener novia! ¿Para qué quieres tener novia? Es mejor que tengas sólo una amiga buena, como yo... Se pasa mejor... Yo no quiero tener novio... porque yo no me quiero casar. ¡Casarse es ridículo! ¡Tan tiesos! ¡Tan pálidos! ¡Tan bobos! Qué risa, ¿verdad...? ¿Tú piensas casarte alguna vez?

DIONISIO. Regular.

PAULA. No te cases nunca... Estás mejor así... Así estás más guapo... Si tú te casas, serás desgraciado... Y engordarás bajo la pantalla del comedor... Y, además, ya nosotros no podremos ser amigos más... ¡Mañana iremos a la playa a comer cangrejos! Y pasado mañana tú te levantarás temprano y yo también... Nos citaremos abajo y nos iremos en seguida al puerto y alquilaremos una barca... ¡Una barca sin barquero! Y nos llevamos el bañador y nos bañamos lejos de la playa, donde no se haga pie... ¿Tú sabes nadar...?

DIONISIO. Sí. Nado muy bien...

PAULA. Más nado yo. Yo resisto mucho. Ya lo verás...

DIONISIO. Yo sé hacer el muerto y bucear...

PAULA. Yo hago la carpa... y, desde el trampolín, sé hacer el ángel...

DIONISIO. Y yo cojo del fondo diez céntimos con la boca...

PAULA. ¡Oh! ¡Qué bien! ¡Qué gran día mañana! ¡Y pasado! ¡Ya verás, Dionisio, ya verás! ¡Nos tostaremos al sol!

SAGRA (Por la lateral izquierda, con el abrigo y el sombrero puestos.) ¡Paula! ¡Paula! ¡Ven! ¡Mira! ¿Sabes una cosa? ¡Hemos decidido irnos todos al

puerto a ver amanecer! El puerto está cerca y ya casi es de día. Nos llevaremos las botellas que quedan y allí las beberemos junto a los pescadores que salen a la mar... ¡Lo pasaremos muy bien! ¡Vamos todos a ver amanecer!...

(De la habitación de la izquierda empieza a salir gente. MADAME OLGA ya vestida. EL GUAPO MUCHACHO. TRUDY y EL ROMÁNTICO ENAMORADO. EL EXPLORADOR. Y el CORO DE VIEJOS EXTRAÑOS. El último, EL CAZADOR ASTUTO, con cuatro perros atados, que sería encantador que fueran ladrando. Todos van en fila y cogidos del brazo. Todos llevan botellas en la mano.)

EL GUAPO MUCHACHO. *(Casi cantando.)* ¡Vamos a ver amanecer!

TODOS. ¡Vamos a ver amanecer!

EL ROMÁNTICO ENAMORADO. ¡Frente a las aguas de la bahía!...

TODOS. ¡Frente a las aguas de la bahía!...

EL EXPLORADOR. ¡Y después tiraremos al mar la botella que quede vacía!...

UNOS. *(Saliendo por la puerta del foro.)* ¡Vamos a ver amanecer!

OTROS. ¡Frente a las aguas de la bahía!

(Y se van todos.)

PAULA. *(Alegre.)* ¿Vamos, Dionisio?

DIONISIO. ¿Qué hora es?

PAULA. Deben de ser cerca de las seis...

DIONISIO. ¿Cerca de las seis?

PAULA. Sí. Ya pronto amanecerá...

DIONISIO. No puede ser... ¡Las seis! ¡Son cerca de las seis!

PAULA. Pero ¿qué tienes, Dionisio? ¿Por qué estás así? ¡Vamos con ellos!...

DIONISIO. No. No voy.

PAULA. ¿Por qué?

DIONISIO. Porque estoy enfermo... Me duele mucho la cabeza... Bebí demasiado... No. Todo esto es absurdo. Yo no puedo hacer esto... ¡Ya son cerca de las seis!... Yo quiero estar solo... Yo necesito estar solo...

PAULA. Ven, Dionisio... Yo quiero ir contigo... Si tú no vas, me quedo también yo... aquí, junto a ti... ¡Yo no puedo estar separada de ti! *(Se acerca a él mucho, con amor.)* ¡Tú eres un chico muy maravilloso! *(Apoya la cabeza en el hombro de DIONISIO, ofreciéndole la boca.)* ¡Me gusta tanto!

(Y se besan muy fuerte. Pero BUBY, silenciosamente, ha salido por la izquierda y ha visto este beso maravilloso. Y, fríamente, se acerca a ellos y da un fuerte golpe en la nuca a PAULA, que cae al suelo, dando un pequeño grito. Después, muy rápidamente, BUBY huye por la puerta del foro, cerrándola al salir. PAULA, en el suelo, con los ojos cerrados, no se mueve. Quizá está

desmayada, o muerta. DIONISIO, espantado, va de una puerta a otra, unas veces corriendo y otras muy despacito. Está más grotesco que nunca.)

DIONISIO. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Dios mío? ¡No es posible!... *(Y, de pronto, suena el timbre del teléfono. DIONISIO toma el auricular y habla.)* ¿Eh? ¿Quién? Sí. Soy yo, Dionisio... No, no me ha pasado nada. Estoy bien. ¿Te has asustado porque no contesté cuando llamaste? ¡Oh, no! ¡Me dolía mucho la cabeza y salí! Salí a la calle a respirar el aire. Sí. Por eso no podía contestar cuando llamabas... ¿Qué dices? ¿Eh? ¿Que viene tu padre? ¿A qué? ¡Pero si no pasa nada! ¡Es estúpido que le hayas hecho venir!... No ocurre nada... No pasa nada... *(Y llaman a la puerta del foro.)* ¡Ah! *(Al teléfono.)* Han llamado a la puerta... Sí... debe ser tu padre... Sí...

(Al ir, nerviosamente, hacia la puerta, tira del auricular y rompe el cordón. Intenta arreglarlo. No puede. Se desconcierta aún más.)

DON SACRAMENTO. *(Dentro.)* ¡Dionisio! ¡Dionisio! *(DIONISIO, con auricular en la mano, y todo muy rápidamente, corre hacia la puerta. No sabe qué hacer. Va hacia PAULA y se arrodilla junto a ella. Pone su oído en el pecho de PAULA, intentando oír su corazón. Hace un gesto de pánico. Y ahora pone el extremo del cordón del teléfono, que lleva en la mano, junto al corazón de PAULA y escucha por el auricular, «como el sabio doctor».* DON SACRAMENTO, *dentro, golpeando.)* ¡Dionisio! ¡Dionisio!

DIONISIO. *(Contestando también por el auricular.)* ¡Un momento! ¡Voy!

(Y cogiendo a PAULA por debajo de los brazos, desgarbadamente, ridículamente, intenta ocultarla tras de la cama, mientras cae el

TELÓN)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Continúa la acción del segundo acto, un minuto después en que éste quedó interrumpido.

(DIONISIO acaba de ocultar el cuerpo de PAULA tras de la cama y el biombo, mientras sigue llamando DON SACRAMENTO. DIONISIO, una vez asegurado que PAULA está bien oculta, va a abrir.)

DON SACRAMENTO. *(Dentro.)* ¡Dionisio! ¡Dionisio! ¡Abra! ¡Soy yo! ¡Soy don Sacramento! ¡Soy don Sacramento! ¡Soy don Sacramento!...

DIONISIO. Sí... Ya voy... *(Abre. Entra DON SACRAMENTO, con levita, sombrero de copa y un paraguas.)* ¡Don Sacramento!

DON SACRAMENTO. ¡Caballero! ¡Mi niña está triste! Mi niña, cien veces llamó por teléfono, sin que usted contestase a sus llamadas. La niña está triste y la niña llora. La niña pensó que usted se había muerto. La niña está pálida... ¿Por qué martiriza usted a mi pobre niña?...

DIONISIO. Yo salí a la calle, don Sacramento... Me dolía la cabeza... No podía dormir... Salí a pasear bajo la lluvia. Y en la misma calle, di dos o tres vueltas... Por eso yo no oí que ella me llamaba... ¡Pobre Margarita!... ¡Cómo habrá sufrido!

DON SACRAMENTO. La niña está triste. La niña está triste y la niña llora. La niña está pálida. ¿Por qué martiriza usted a mi pobre niña?...

DIONISIO. Don Sacramento... Ya se lo he dicho... Yo salí a la calle... No podía dormir.

DON SACRAMENTO. La niña se desmayó en el sofá malva de la sala rosa... ¡Ella creyó que usted se había muerto! ¿Por qué salió usted a la calle a pasear bajo la lluvia?...

DIONISIO. Me dolía la cabeza, don Sacramento...

DON SACRAMENTO. ¡Las personas decentes no salen por la noche a pasear bajo la lluvia...! ¡Usted es un bohemio, caballero!

DIONISIO. No, señor.

DON SACRAMENTO. ¡Sí! ¡Usted es un bohemio, caballero! ¡Sólo los bohemios salen a pasear de noche por las calles!

DIONISIO. ¡Pero es que me dolía mucho la cabeza!

DON SACRAMENTO. Usted debió ponerse dos ruedas de patata en las sienes...

DIONISIO. Yo no tenía patatas...

DON SACRAMENTO. Las personas decentes deben llevar siempre patatas en los bolsillos, caballero... Y también deben llevar tafetán para las heridas... Juraría que usted no lleva tafetán...

DIONISIO. No, señor.

DON SACRAMENTO. ¿Lo está usted viendo? ¡Usted es un bohemio, caballero!... Cuando usted se case con la niña, usted no podrá ser tan desordenado en el vivir. ¿Por qué está así este cuarto? ¿Por qué hay lana de colchón en el suelo? ¿Por qué hay papeles? ¿Por qué hay latas de sardinas vacías? *(Cogiendo la carraca que estaba en el sofá.)* ¿Qué hace aquí esta carraca?

(Y se queda con ella, distraído, en la mano. Y, de cuando en cuando, la hará sonar mientras habla.)

DIONISIO. Los cuartos de los hoteles modestos son así... Y éste es un hotel modesto... ¡Usted lo comprenderá, don Sacramento!...

DON SACRAMENTO. Yo no comprendo nada. Yo no he estado nunca en ningún hotel. En los hoteles sólo están los grandes estafadores europeos y las vampiresas internacionales. Las personas decentes están en sus casas y reciben a sus visitas en el gabinete azul, en donde hay muebles dorados y antiguos retratos de familia... ¿Por qué no ha puesto usted en este cuarto los retratos de su familia, caballero?

DIONISIO. Yo sólo pienso estar aquí esta noche...

DON SACRAMENTO. ¡No importa, caballero! Usted debió poner cuadros en las paredes. Sólo los asesinos o los monederos falsos son los que no tienen cuadros en las paredes... Usted debió poner el retrato de su abuelo con el uniforme de maestrante...

DIONISIO. Él no era maestrante... El era tenedor de libros...

DON SACRAMENTO. ¡Pues con el uniforme de tenedor de libros! ¡Las personas honradas se tienen que retratar de uniforme, sean tenedores de libros o sean lo que sean! ¡Usted debió poner también el retrato de un niño en traje de primera comunión!

DIONISIO. Pero ¿qué niño iba a poner?

DON SACRAMENTO. ¡Eso no importa! ¡Da lo mismo! Un niño. ¡Un niño cualquiera! ¡Hay muchos niños! ¡El mundo está lleno de niños de primera comunión!... Y también debió usted poner cromos... ¿Por qué no ha puesto usted cromos? ¡Los cromos son preciosos! ¡En todas las casas hay cromos! «Romeo y Julieta hablando por el balcón de su jardín», «Jesús orando en el Huerto de los Olivos», «Napoleón Bonaparte, en su destierro de la isla de Santa Elena»... *(En otro tono, con admiración.)* Qué gran hombre Napoleón, ¿verdad?

DIONISIO. Sí. Era muy belicoso... ¿Era ese que llevaba siempre así la mano?

(Se mete la mano en el pecho.)

DON SACRAMENTO. *(Imitando la postura.)* Efectivamente, llevaba siempre así la mano...

DIONISIO. Debía de ser muy difícil!, ¿verdad?

DON SACRAMENTO. *(Con los ojos en blanco.)* ¡Sólo un hombre como él podía llevar siempre así la mano!...

DIONISIO. *(Poniéndose la otra mano en la espalda.)* Y la otra la llevaba así...

DON SACRAMENTO. *(Haciendo lo mismo.)* Efectivamente, así la llevaba.

DIONISIO. ¡Qué hombre!

DON SACRAMENTO. ¡Napoleón Bonaparte!... *(Pausa admirativa, haciendo los dos de Napoleón. Después, DON SACRAMENTO sigue hablando en el mismo tono anterior.)* Usted tendrá que ser ordenado... ¡Usted vivirá en mi casa, y mi casa es una casa honrada! ¡Usted no podrá salir por las noches a pasear bajo la lluvia! Usted, además, tendrá que levantarse a las seis y cuarto para desayunar a las seis y media un huevo frito con pan...

DIONISIO. A mí no me gustan los huevos fritos...

DON SACRAMENTO. ¡A las personas honorables les tienen que gustar los huevos fritos, señor mío! Toda mi familia ha tomado siempre huevos fritos para desayunar... Sólo los bohemios toman café con leche y pan con manteca.

DIONISIO. Pero es que a mí me gustan más pasados por agua... ¿No me los podían ustedes hacer a mí pasados por agua...?

DON SACRAMENTO. No sé. No sé. Eso lo tendremos que consultar con mi señora. Si ella lo permite, yo no pondré inconveniente alguno. ¡Pero le advierto a usted que mi señora no tolera caprichos con la comida!...

DIONISIO. *(Ya casi llorando.)* ¡Pero yo qué le voy a hacer si me gustan más pasados por agua, hombre!

DON SACRAMENTO. Nada de cines, ¿eh?... Nada de teatros. Nada de bohemia... A las siete, la cena... Y después de la cena, los jueves y los domingos, haremos una pequeña juerga. *(Picaresco.)* Porque también el espíritu necesita expansionarse, ¡qué diablo! *(En este momento se le descompone la carraca, que estaba tocando. Y se queda muy preocupado.)* ¡Se ha descompuesto!...

DIONISIO. *(Como en el acto anterior Paula, él la coge y se la arregla.)* Es así.

(Y se la vuelve a dar a DON SACRAMENTO que, muy contento, la toca de cuando en cuando.)

DON SACRAMENTO. La niña los domingos, tocará el piano, Dionisio... Tocaré el piano, y quizá, quizá, si estamos en vena, quizá recibamos alguna visita... Personas honradas, desde luego... Por ejemplo, haré que vaya el señor Smith... Usted se hará en seguida amigo suyo y pasará charlando con él muy buenos ratos... El señor Smith es una persona muy conocida... Su retrato ha aparecido en todos los periódicos del mundo... ¡Es el centenario más famoso de la población! Acaba de cumplir ciento veinte años y aún conserva cinco dientes... ¡Usted se pasará hablando con él toda la noche!... Y también irá su señora...

DIONISIO. ¿Y cuántos dientes tiene su señora?

DON SACRAMENTO. ¡Oh, ella no tiene ninguno! Los perdió todos cuando se cayó por aquella escalera y quedó paralítica para toda su vida, sin poderse levantar de su sillón de ruedas... ¡Usted pasará grandes ratos charlando con este matrimonio encantador!

DIONISIO. Pero ¿y si se me mueren cuando estoy hablando con ellos? ¿Qué hago yo, Dios mío?

DON SACRAMENTO. ¡Los centenarios no se mueren nunca! ¡Entonces no tendrían ningún mérito, caballero!... *(Pausa. DON SACRAMENTO hace un gesto, de olfatear.)* Pero... ¿a qué huele en este cuarto?... Desde que estoy aquí noto yo un olor extraño... Es un raro olor... ¡Y no es nada agradable este olor!...

DIONISIO. Se habrán dejado abierta la puerta de la cocina...

DON SACRAMENTO. *(Siempre olfateando.)* No. No es eso... Es como si un cuerpo humano se estuviese descomponiendo...

DIONISIO. *(Aterrado. Aparte.)* ¡Dios mío! ¡Ella se ha muerto!...

DON SACRAMENTO. ¿Qué olor es éste, caballero? ¡En este cuarto hay un cadáver! ¿Por qué tiene usted cadáveres en su cuarto? ¿Es que los bohemios tienen cadáveres en su habitación?...

DIONISIO. En los hoteles modestos siempre hay cadáveres...

DON SACRAMENTO. *(Buscando.)* ¡Es por aquí! Por aquí debajo. *(Levanta la colcha de la cama y descubre los conejos que tiró EL CAZADOR. Los coge.)* ¡Oh, aquí está! ¡Dos conejos muertos! ¡Es esto lo que olía de este modo!... ¿Por qué tiene usted dos conejos debajo de su cama? En mi casa no podrá usted tener conejos en su habitación... Tampoco podrá usted tener gallinas... ¡Todo lo estropean!...

DIONISIO. Estos no son conejos. Son ratones...

DON SACRAMENTO. ¿Son ratones?

DIONISIO. Sí, señor. Son ratones. Aquí hay muchos...

DON SACRAMENTO. Yo nunca he visto unos ratones tan grandes...

DIONISIO. Es que como éste es un hotel pobre, los ratones son así... En los hoteles más lujosos, los ratones son mucho más pequeños... Pasa igual que con las barritas de Viena...

DON SACRAMENTO. ¿Y los ha matado usted?

DIONISIO. Sí. Los he matado yo con una escopeta. El dueño le da a cada huésped una escopeta para que mate los ratones...

DON SACRAMENTO. *(Mirando una etiqueta del conejo.)* Y estos números que tienen al cuello, que significan? Aquí pone 3,50...

DIONISIO. No es 3,50. Es 350. Como hay tantos, el dueño los tiene numerados, para organizar concursos. Y al huésped que, por ejemplo, mate el número 14, le regala un mantón de Manila o una plancha eléctrica...

DON SACRAMENTO. ¡Qué lástima que no le haya a usted tocado el mantón! ¡Podríamos ir a la verbena!... ¿Y qué piensa usted hacer con estos ratones?...

DIONISIO. No lo he pensado todavía... Si quiere usted se los regalo...

DON SACRAMENTO. ¿A usted no le hacen falta?

DIONISIO. No. Yo ya tengo muchos. Se los envolveré en un papel.

(Coge un papel que hay en cualquier parte y se los envuelve. Después se los da.)

DON SACRAMENTO. Muchas gracias, Dionisio. Yo se los llevaré a mis sobrinitos para que jueguen... ¡Ellos recibirán una gran alegría!... Y ahora, adiós, Dionisio. Voy a consolar a la niña, que aún estará desmayada en el sofá malva de la sala rosa... *(Mira el reloj.)* Son las seis cuarenta y tres. Dentro de un rato, el coche vendrá a buscarle para ir a la iglesia. Esté preparado... ¡Qué emoción! ¡Dentro de unas horas usted será esposo de mi Margarita!...

DIONISIO. Pero ¿le dirá usted a su señora que a mí me gustan más los huevos pasados por agua?

DON SACRAMENTO. Sí. Se lo diré. Pero no me entretenga. ¡Oh, Dionisio! Ya estoy deseando llegar a casa para regalarles esto a mis sobrinitos... ¡Cómo van a llorar de alegría los pobres pequeños niños!

DIONISIO. ¿Y también les va usted a regalar la carraca?

DON SACRAMENTO. ¡Oh, no! ¡La carraca es para mí!

(Y se va por la puerta del foro. PAULA asoma la cabeza por detrás de la cama y mira a DIONISIO tristemente. DIONISIO, que ha ido a cerrar la puerta, al volverse, la ve.)

PAULA. ¡Oh! ¿Por qué me ocultaste esto? ¡Te casas, Dionisio!...

DIONISIO. *(Bajando la cabeza.)* Sí...

PAULA. No eras ni siquiera un malabarista...

DIONISIO. No.

PAULA. *(Se levanta. Va hacia la puerta de la izquierda.)* Entonces yo debo irme a mi habitación...

DIONISIO. *(Deteniéndola.)* Pero tú estabas herida... ¿Qué te hizo Buby?

PAULA. Fue un golpe nada más... Me dejó K.O. ¡Debí de perder el conocimiento unos momentos. Es muy bruto Buby... Me puede siempre... *(Después.)* ¡Te casas, Dionisio!...

DIONISIO. Sí.

PAULA. *(Intentando nuevamente irse.)* Yo me voy a mi habitación...

DIONISIO. No.

PAULA. ¿Por qué?

DIONISIO. Porque esta habitación es más bonita. Desde el balcón se ve el puerto...

PAULA. ¡Te casas, Dionisio!

DIONISIO. Sí. Me caso, pero poco...

PAULA. ¿Por qué no me lo dijiste...?

DIONISIO. No sé. Tenía el presentimiento de que casarse era ridículo... ¡Que no me debía casar...! Ahora veo que no estaba equivocado... Pero yo me casaba, porque yo me he pasado la vida metido en un pueblo pequeñito y triste y pensaba que para estar alegre había que casarse con la primera muchacha que, al mirarnos, le palpitase el pecho de ternura... Yo adoraba a mi novia... Pero ahora veo que en mi novia no está la alegría que yo buscaba... A mi novia tampoco le gusta ir a comer cangrejos frente al mar, ni ella se divierte haciendo volcanes en la arena... Y ella no sabe nadar... Ella, en el agua, da gritos ridículos... Hace así: «¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!» Y ella sólo ama cantar junto al piano *El pescador de perlas*. Y *El pescador de perlas* es horroroso, Paula. Ella tiene voz de querubín, y hace así: (*Canta.*) Tralaralá... piri, piri, piri, piri... Y yo no había caído en que las voces de querubín están llenas de vanidad y que, en cambio, hay discos de gramófono que se titulan «Ámame en diciembre lo mismo que me amas en mayo», y que nos llenan el espíritu de sencillez y de ganas de dar saltos mortales... Yo no sabía tampoco que había mujeres como tú, que al hablarnos no les palpita el corazón, pero les palpitan los labios en un constante sonreír... Yo no sabía nada de nada. Yo sólo sabía pasear silbando junto al quiosco de la música... Yo me casaba porque todos se casan siempre a los veintisiete años... Pero ya no me caso, Paula... ¡Yo no puedo tomar huevos fritos a las seis y media de la mañana...!

PAULA. (*Ya sentada en el sofá.*) Ya te ha dicho ese señor del bigote que los harán pasados por agua...

DIONISIO. ¡Es que a mí no me gustan tampoco pasados por agua! ¡A mí sólo me gusta el café con leche, con pan y manteca! ¡Yo soy un terrible bohemio! Y lo más gracioso es que yo no lo he sabido hasta esta noche que viniste tú... y que vino el negro..., y que vino la mujer barbuda... Pero yo no me caso, Paula. Yo me marcharé contigo y aprenderé a hacer juegos malabares con tres sombreros de copa...

PAULA. Hacer juegos malabares con tres sombreros de copa es muy difícil... Se caen siempre al suelo...

DIONISIO. Yo aprenderé a bailar como bailas tú y como baila Buby...

PAULA. Bailar es más difícil todavía. Duelen mucho las piernas y apenas gana uno dinero para vivir...

DIONISIO. Yo tendré paciencia y lograré tener cabeza de vaca y cola de cocodrilo...

PAULA. Eso cuesta aún más trabajo... Y después, la cola molesta muchísimo cuando se viaja en el tren...

(*DIONISIO va a sentarse junto a ella.*)

DIONISIO. ¡Yo haré algo extraordinario para poder ir contigo!... ¡Siempre me has dicho que soy un muchacho muy maravilloso!...

PAULA. Y lo eres. Eres tan maravilloso, que dentro de un rato te vas a casar, y yo no lo sabía...

DIONISIO. Aún es tiempo. Dejaremos todo esto y nos iremos a Londres...

PAULA. ¿Tú sabes hablar inglés?

DIONISIO. No. Pero nos iremos a un pueblo de Londres. La gente de Londres habla inglés porque todos son riquísimos y tienen mucho dinero para aprender esas tonterías. Pero la gente de los pueblos de Londres, como son más pobres y no tienen dinero para aprender esas cosas, hablan como tú y como yo... ¡Hablan como en todos los pueblos del mundo!... ¡Y son felices!...

PAULA. ¡Pero en Inglaterra hay demasiados detectives!...

DIONISIO. ¡Nos iremos a La Habana!

PAULA. En La Habana hay demasiados plátanos...

DIONISIO. ¡Nos iremos al desierto!

PAULA. Allí se van todos los que se disgustan, y ya los desiertos están llenos de gente y de piscinas.

DIONISIO. *(Triste.)* Entonces es que tú no quieres venir conmigo.

PAULA. No. Realmente yo no quisiera irme contigo, Dionisio...

DIONISIO. ¿Por qué?

(Pausa. Ella no quiere hablar. Se levanta y va hacia el balcón.)

PAULA. Voy a descorrer las cortinas del balcón. *(Lo hace.)* Ya debe de estar amaneciendo... Y aún llueve... ¡Dionisio, ya han apagado las lucecitas del puerto! ¿Quién será el que las apaga?

DIONISIO. El farolero.

PAULA. Sí, debe de ser el farolero.

DIONISIO. Paula..., ¿no me quieres?

PAULA. *(Aún desde el balcón.)* Y hace frío...

DIONISIO. *(Cogiendo una manta de la cama.)* Ven junto a mí... Nos abrigaremos los dos con esta manta... *(Ella va y se sientan los dos juntos, cubriéndose las piernas con la manta.)* ¿Quieres a Buby?

PAULA. Buby es mi amigo. Buby es malo. Pero el pobre Buby no se casa nunca... Y los demás se casan siempre... Esto no es justo, Dionisio...

DIONISIO. ¿Has tenido muchos novios?

PAULA. ¡Un novio en cada provincia y un amor en cada pueblo! En todas partes hay caballeros que nos hacen el amor... ¡Lo mismo es que sea noviembre o que sea en el mes de abril! ¡Lo mismo que haya epidemias o que haya revoluciones...! ¡Un novio en cada provincia...! ¡Realmente es muy divertido...! Lo malo es, Dionisio, lo malo es que todos los caballeros estaban casados ya, y los que aún no lo estaban escondían ya en la cartera el retrato de una novia con quien se iban a casar... Dionisio, ¿por qué se casan todos los caballeros...? ¿Y por qué, si se casan, lo ocultan a las chicas como yo...? ¡Tú también tendrás ya en la cartera el retrato de una novia...! ¡Yo aborrezco las novias de mis amigos...! Así no es posible ir con ellos junto al mar... Así no es posible nada... ¿Por qué se casan todos los caballeros...?

DIONISIO. Porque ir al fútbol siempre, también aburre.

PAULA. Dionisio, enséñame el retrato de tu novia.

DIONISIO. No.

PAULA. ¡Qué más da! ¡Enséñamelo! Al final lo enseñan todos...

DIONISIO. *(Saca una cartera. La abre. PAULA curioseando.)* Mira...

PAULA. *(Señalando algo.)* ¿Y esto? ¿También un rizo de pelo...?

DIONISIO. No es de ella. Me lo dio madame Olga... Se lo cortó de la barba, como un pequeño recuerdo... *(Le enseña una fotografía.)* Este es su retrato, mira...

PAULA. *(Lo mira despacio. Después.)* ¡Es horrorosa, Dionisio...!

DIONISIO. Sí.

PAULA. Tiene demasiados lunares...

DIONISIO. Doce. *(Señalando con el dedo.)* Esto de aquí es otro...

PAULA. Y los ojos son muy tristes... No es nada guapa, Dionisio...

DIONISIO. Es que en este retrato está muy mal... Pero tiene otro, con un vestido de portuguesa, que si lo vieras... *(Poniéndose de perfil con un gesto forzado.)* Está así...

PAULA. ¿De perfil?

DIONISIO. Sí. De perfil. Así.

(Lo repite.)

PAULA. ¿Y está mejor?

DIONISIO. Sí. Porque no se le ven más que seis lunares...

PAULA. Además, yo soy más joven...

DIONISIO. Sí. Ella tiene veinticinco años...

PAULA. Yo, en cambio... ¡Bueno! Yo debo de ser muy joven, pero no sé con certeza la edad mía... Nadie me lo ha dicho nunca... Es gracioso, ¿no? En la ciudad vive una amiga que se casó... Ella también bailaba con nosotros. Cuando voy a la ciudad siempre voy a su casa. Y en la pared del comedor señalo con una raya mi estatura. ¡Y cada vez señalo más alta la raya...! ¡Dionisio, aún estoy creciendo...! ¡Es encantador estar creciendo todavía...! Pero cuando ya la raya no suba más alta, esto indicará que he dejado de crecer y que soy vieja... Qué tristeza entonces, ¿verdad? ¿Qué hacen las chicas como yo cuando son viejas...? *(Mira otra vez el retrato.)* ¡Yo soy más guapa que ella...!

DIONISIO. ¡Tú eres mucho más bonita! ¡Tú eres más bonita que ninguna! Paula, yo no me quiero casar. Tendré unos niños horribles... ¡y criaré el ácido úrico...!

PAULA. ¡Ya es de día, Dionisio! ¡Tengo ganas de dormir...!

DIONISIO. Echa tu cabeza sobre mi hombro... Duerme junto a mí...

PAULA. *(Lo hace.)* Bésame, Dionisio. *(Se besan.)* ¿Tu novia nunca te besa...?

DIONISIO. No.

PAULA. ¿Por qué?

DIONISIO. No puede hasta que se case...

PAULA. Pero ¿ni una vez siquiera?

DIONISIO. No, no. Ni una vez siquiera. Dice que no puede.

PAULA. Pobre muchacha, ¿verdad? Por eso tiene los ojos tan tristes...
(Pausa.) ¡Bésame otra vez, Dionisio...!

DIONISIO. *(La besa nuevamente.)* ¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Es una tontería! ¡Ya nunca sería feliz! Unas horas solamente todo me lo han cambiado... Pensé salir de aquí hacia el camino de la felicidad y voy a salir hacia el camino de la ñoñería y de la hiperclorhidria...

PAULA. ¿Qué es la hiperclorhidria?

DIONISIO. No sé, pero debe de ser algo imponente... ¡Vamos a marcharnos juntos...! ¡Dime que me quieres, Paula!

PAULA. ¡Déjame dormir ahora! ¡Estamos tan bien así...!

(Pausa. Los dos, con las cabezas juntas, tienen cerrados los ojos. Cada vez hay más luz en el balcón. De pronto, se oye el ruido de una trompeta que toca a diana y que va acercándose más cada vez. Luego se oyen unos golpes en la puerta del foro.)

DON ROSARIO. *(Dentro.)* ¡Son las siete, don Dionisio! ¡Ya es hora de que se arregle! ¡El coche no tardará! ¡Son las siete, don Dionisio!

(Él queda desconcertado. Hay un silencio. Y ella bosteza y dice.)

PAULA. Son ya las siete, Dionisio. Ya te tienes que vestir.

DIONISIO. No.

PAULA. *(Levantándose y tirando la manta al suelo.)* ¡Vamos! ¿Es que eres tonto? ¡Ya es hora de que te marches...!

DIONISIO. No quiero. Estoy muy ocupado ahora...

PAULA. *(Haciendo lo que dice.)* Yo te prepararé todo... Verás... El agua... Toallas... Anda. ¡A lavarte, Dionisio...!

DIONISIO. Me voy a constipar. Tengo muchísimo frío...

(Se echa en el diván acurrucándose.)

PAULA. No importa... Así entrarás en reacción... *(Le levanta a la fuerza.)* ¡Y esto te despejará! ¡Ven pronto! ¡Un chapuzón ahora mismo! *(Le mete la cabeza en el agua.)* ¡Así! No puedes llevar cara de sueño... Si no, te reñiría el cura... Y los monaguillos... Te reñirán todos...

DIONISIO. ¡Yo tengo mucho frío! ¡Yo me estoy ahogando...!

PAULA. Eso es bueno... Ahora, a secarte... Y te tienes que peinar... Mejor, te peinaré yo... Verás... Así... Vas a ir muy guapo, Dionisio... A lo mejor ahora te sale otra novia... Pero... ¡oye! ¿Y los sombreros de copa? *(Los coge.)* ¡Están estropeados todos...! No te va a servir ninguno... Pero ¡ya está! ¡No te apures!

Mientras te pones el traje yo te buscaré uno mío. Está nuevo. ¡Es el que saco cuando bailo el charlestón...!

(Sale por la puerta de la izquierda. DIONISIO se esconde tras el biombo y se pone los pantalones del «chaquet». En seguida entra por el foro DON ROSARIO, vestido absurdamente de etiqueta, con el cornetín en una mano y en la otra una gran bandera blanca. Y, mientras habla, corre por la habitación como un imbécil.)

DON ROSARIO. ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio...! ¡Tengo todo preparado! ¡Dése prisa en terminar! ¡Está el pasillo adornado con flores y cadenetas! ¡Las criadas tienen puesto el traje de los domingos y le tirarán *confetti*!... ¡Los camareros le tirarán migas de pan! ¡Y el cocinero tirará en su honor gallinas enteras por el aire!

DIONISIO. *(Asomándose por encima del biombo.)* Pero ¿por qué ha dispuesto usted eso...?

DON ROSARIO. No se apure, don Dionisio. Lo mismo hubiese hecho por aquel niño mío que se ahogó en el pozo... ¡He invitado a todo el barrio y todos le esperarán en el portal! ¡Las mujeres y los niños! ¡Los jóvenes y los viejos! ¡Los policías y los ladrones! ¡Dése prisa, don Dionisio! ¡Ya está todo preparado!

(Y se va otra vez por el foro; y con su cornetín, desde dentro, empieza a tocar una bonita marcha. PAULA sale ahora con un sombrero de copa en la mano.)

PAULA. ¡Dionisio...!

DIONISIO. *(Sale de detrás del biombo, con los pantalones del «chaquet» puestos y los faldones de la camisa fuera.)* ¡Ya estoy...!

PAULA. ¡He encontrado ya el sombrero...! ¡Ya verás qué bien te está! *(Se lo pone a DIONISIO, a quien le está muy mal.)* ¿Lo ves? ¡Es el que te sienta mejor...!

DIONISIO. ¡Pero esto no es serio, Paula! ¡Es un sombrero de baile...!

PAULA. ¡Así, mientras que lo tengas puesto, pensarás cosas alegres! ¡Y ahora, el cuello! ¡La corbata!

(Empieza a ponérselo, todo muy mal.)

DIONISIO. ¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Yo no voy a saber qué decirle a ese señor centenario! ¡Yo te quiero con locura...!

PAULA. *(Poniéndole el pasador del cuello.)* Pero ¿estás llorando ahora...?

DIONISIO. Es que me estás cogiendo un pellizco...

PAULA. ¡Pues ya está! *(Termina. Le pone el «chaquet».)* Y ahora el *chaquet*... ¡Y el pañuelo en el bolsillo! *(Le contempla, ya vestido del todo.)* Pero ¿y la camisa ésta? ¿Se llevan así en las bodas...?

DIONISIO. (*Ocultándose tras el biombo para meterse la camisa.*) No. Si es que...

PAULA. ¿Cómo es una boda, oye? ¿Tú lo sabes? Yo no he ido nunca a una boda... Como me acuesto tan tarde, no tengo tiempo de ir... Pero será así... ¡Sal ya! (*DIONISIO sale, ya con la camisa en su sitio.*) Yo soy la novia y voy vestida de blanco con un velo hasta los pies... Y cogida de tu brazo... (*Lo hace. Y se pasean por el cuarto.*) Y entraremos en la iglesia... así..., muy serios los dos... Y al final de la iglesia habrá un cura muy simpático, con sus guantes blancos puestos...

DIONISIO. Paula... Los curas no se ponen guantes blancos...

PAULA. ¡Cállate! ¡Habrá un cura muy simpático! Y entonces le saludaremos... «Buenos días. ¿Está usted bien? Y su familia, ¿está buena? ¿Qué tal sigue el sacristán? Y los monaguillos, ¿están todos buenos...?» Y les daremos un beso a todos los monaguillos...

DIONISIO. ¡Paula! ¡A los monaguillos no se les da besos...!

PAULA. (*Enfadada.*) ¡Pues yo besaré a todos los monaguillos, porque para eso soy la novia y puedo hacer lo que quiera...!

DIONISIO. Es que... tú no serás la novia.

PAULA. ¡Es verdad! ¡Qué pena que no sea yo la novia, Dionisio...!

DIONISIO. ¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Vámonos juntos a Chicago...!

DON ROSARIO. (*Dentro.*) ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio...!

DIONISIO. ¡Escóndete...! ¡Es don Rosario! ¡No debe verte en mi cuarto!

(*PAULA se esconde tras el biombo.*)

DON ROSARIO. (*Entrando.*) ¡Ya está el coche esperándole! ¡Salga pronto, don Dionisio! ¡Es una carroza blanca con dos lacayos morenos! ¡Y dos caballitos blancos con manchas café con leche! ¡Vaya caballitos blancos! ¡Ya las criadas están tirando *confetti*! ¡Y los camareros ya tiran migas de pan! ¡Salga pronto, don Dionisio...!

DIONISIO. (*Mirando hacia el biombo, sin querer marcharse.*) Sí..., ahora voy.

DON ROSARIO. ¡No! ¡No! Delante de mí... Yo iré detrás ondeando la bandera con una mano y tocando el cornetín...

DIONISIO. Es que yo... quiero despedirme, hombre...

DON ROSARIO. ¿Del cuarto? ¡No se preocupe! ¡En los hoteles los cuartos son siempre iguales! ¡No dejan recuerdos nunca! ¡Vamos, vamos, don Dionisio...!

DIONISIO. (*Sin dejar de mirar al biombo.*) Es que... (*PAULA saca una mano por encima del biombo, como despidiéndose de él.*) ¡Adiós...!

DON ROSARIO. (*Cogiéndole por las solapas del «chaquet» y llevándose lo tras él.*) ¡Viva el amor y las flores, capullito de azucena!

Y ondea la bandera. DIONISIO vuelve a despedirse con la mano. Y también PAULA. Y DON ROSARIO y DIONISIO desaparecen por el foro. PAULA sale de su

escondite. Se acerca a la puerta del foro y mira. Luego corre hacia el balcón y vuelve a mirar a través de los cristales. La trompeta de DON ROSARIO sigue sonando, más lejos cada vez, interpretando una bonita marcha militar. PAULA saluda con la mano, tras los cristales. Después se vuelve. Ve los tres sombreros de copa y los coge... Y, de pronto, cuando parece que se va a poner sentimental, tira los sombreros al aire y lanza el alegre grito de la pista: ¡Hoop! Sonríe, saluda y cae el

TELÓN